

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XLIV.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 33. — N° 1,140.

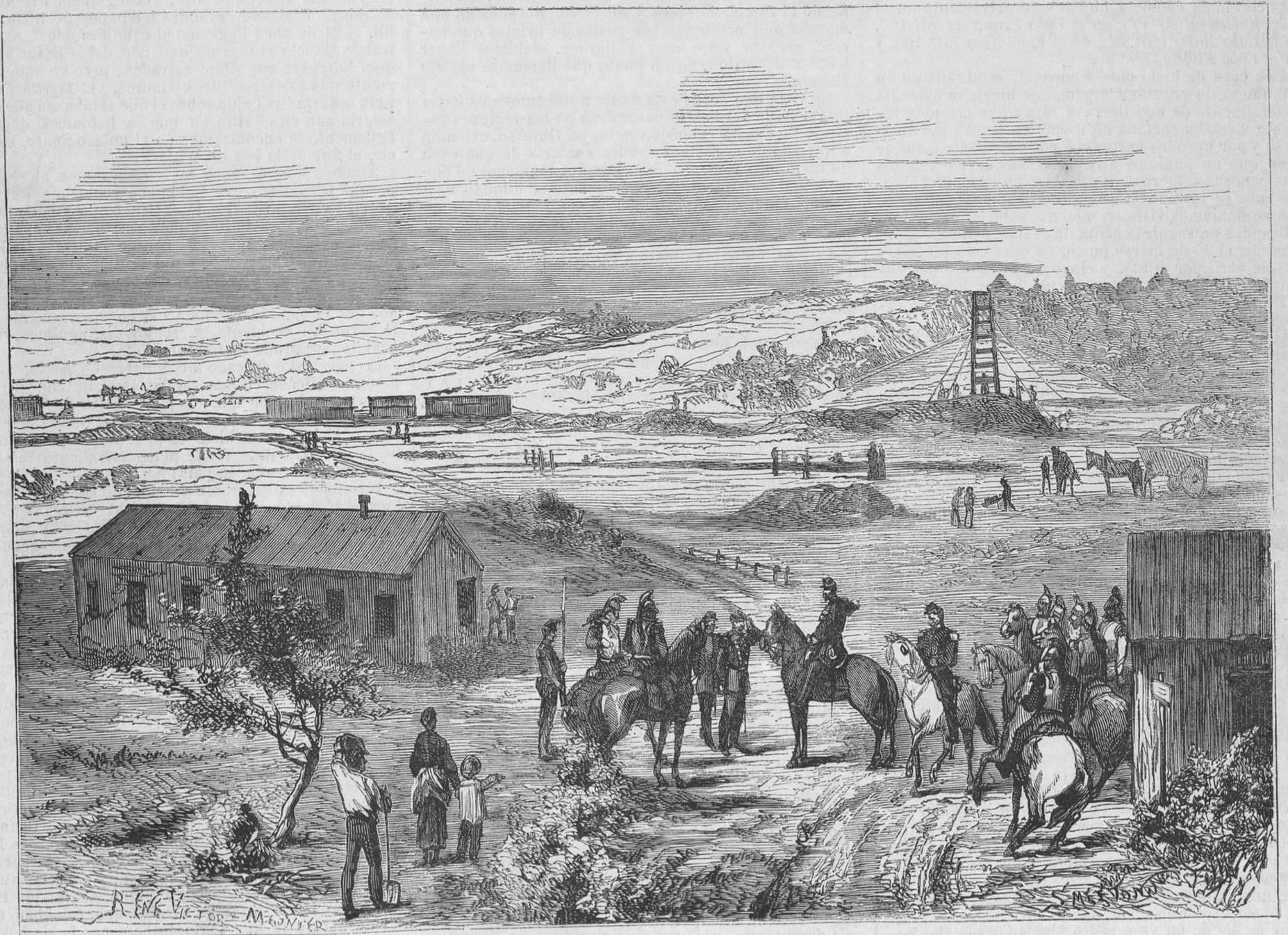
Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

—
Visita del mariscal Mac-Mahon al fuerte de Chatillon; grabado. — Expedición austro-húngara al polo Norte. — El don Ramon de la Cruz del siglo XVII. — Las

inundaciones en el Mediodía de Francia; grabado. — Dinant; grabado. — Revista de París. — Del realismo en la dramática. — Una vista en la selva de Fontainebleau; grabado. — Las Fiestas de Eclimont; grabado. — Delmira, por Manuel Antonio Hurtado. — Excursión á

las Pampas argentinas. — Actualidades, por Bertall; grabados. — Bucyes atacados por los osos; grabado. — Boletín de conocimientos útiles. — El Último duende, por Julio Nombela. — El nuevo faro de Santa María; grabado. — El general Verspyck; grabado.



El mariscal de Mac-Mahon visitando las obras del nuevo fuerte de Chatillon.

Visita del mariscal de Mac-Mahon

AL FUERTE DE CHATILLON.

Nuestros lectores recordarán que por una ley de la Asamblea nacional se dispuso la construcción de una nueva línea de fuertes al rededor de París.

Entre estos fuertes, que deben ser colocados en su mayor parte á una gran distancia de París, se encuentra el de Châtillon. Este fuerte debe ocupar la misma meseta de que se apoderaron los prusianos para colocar sus mas poderosas baterías, que tanto daño causaron á una parte de la población.

Desde hace algun tiempo las obras preliminares para la construcción del fuerte se habian terminado. Deseando el presidente de la República conocer el estado en que se hallaban estos trabajos, se trasladó á Châtillon, y despues de haberlos examinado con la mayor detencion, demostró su satisfaccion á la persona á cuyo cargo habia estado la direccion de tan importantes obras.

El presidente de la República iba acompañado en su visita de uno de sus ayudantes de campo y del ministro de Obras públicas.

L. C.

Expedicion austro-húngara

AL POLO NORTE.

(Conclusion. — Véase el número 1,139.)

En nuestras excursiones nos hemos convencido de la imposibilidad de encontrar en ninguna parte puntos que sirvan para invernaderos.

El estado de la atmósfera, generalmente revuelta, nos hubiera impedido hacer ninguna observacion durante el viaje, si no hubiésemos escalado las mas elevadas montañas, y que para nosotros era el único medio de llegar á las mas altas latitudes. Así que, en muchos casos, cuando vacilábamos en el camino que debíamos seguir, nos veíamos obligados á subir á las mas elevadas, como lo hicimos sucesivamente en el *Cabo Koldewey* (80° 15'), en el *Cabo Francfort* (81° 10'), en el *Cabo Ritter* (80° 45'), en el *Cabo Kane* (81° 10'), y en el *Cabo Fligely* (82° 5').

Una capa de hielo muy compacta, sembrada de un sinnúmero de gruesos témpanos de hielo, se extendia generalmente de una tierra á otra; parecia muy reciente y estaba cortada de trecho en trecho por aberturas y por grandes barreras formadas de témpanos de hielo que no pudimos atravesar sino despues de los mas penosos esfuerzos. Desde el cabo Francfort nuestra ruta se introducía por sitios los mas solitarios, que no habíamos visto en nuestra anterior excursion.

Despues de seguir la orilla de la inmensa *Isla Salm*, pasamos el 26 de marzo por el 80 grado de latitud, y el 3 de abril por el 81°, y cinco dias despues nos encontramos por 81° 37', seguros de haber llegado por tierra mucho mas cerca del polo que ningun otro explorador.

Al sureste de la Tierra del príncipe Rodolfo penetramos en un estrecho (Sund) de inmensas dimensiones que parecia nos iba abrir la ruta del Norte; pero nos encontramos en un caos de hielo, que para abrirnos paso tuvimos que hacer inauditos esfuerzos. La débil intensidad horizontal de la aguja imantada nos hizo cometer no pocos errores.

Cuando hubimos conseguido atravesar estas barreras, cambiamos de direccion y nos dirigimos al *Austria-Sund*.

Como nuestras provisiones se iban agotando y el plazo que teníamos para la expedicion iba muy en breve á terminar, resolvimos separarnos y continuar la exploracion cada uno por su lado. El gran trineo y una parte de la expedicion, á las órdenes del tirolés Haller, quedó en el 81° 38' al abrigo de un paredon de rocas (el cabo *Shrætter*), mientras que Orel, Zaninovich y yo continuamos la exploracion, llevando un trineo tirado por perros.

Nuestro plan era atravesar con direccion al Norte la Tierra del príncipe Rodolfo, que veíamos delante de nosotros; pero no podíamos seguir esta ruta sino pasando por el gigantesco *Ventisquero Middendorf*, que á tiempo supimos que su ascension seria muy difícil. Resueltos sin embargo á seguir nuestro camino, nos dirigimos á este punto sin la menor dilacion.

Despues de un penoso viaje á través de montones de rocas de muchas millas de extension, llegamos por fin á la superficie misma del ventisquero; pero no habíamos dado cien pasos, cuando Zaninovich, los perros y el trineo desaparecieron por una abertura. Felizmente conseguimos sacarlos de tan terrible posicion, gracias á uno de esos azares que tan conocidos son de los exploradores de montañas.

Por medio de un gran rodeo (doblado el cabo Ha-

bermann) llegamos al lado del Oeste de la Tierra del príncipe Rodolfo, de donde nos dirigimos hácia el Norte por la tercera vez. Un cambio extraño se habia operado en la naturaleza. Por la parte del Norte el cielo era de un color azul oscuro, y en la atmósfera se veían vapores de un amarillo apagado que se amontonaban bajo la accion del sol. Entre tanto la temperatura se elevaba, y la nieve se deshacia bajo nuestros piés, y si los pájaros procedentes del Norte no habian sorprendido extraordinariamente, entonces no pudimos menos de admirarnos al verlos sobre las rocas de la Tierra del príncipe Rodolfo. A nuestro paso se elevaron un gran número de ellos, batiendo sus alas y dando gritos de alegría: era la época de la incubacion. Por todas partes se veía la pista del oso blanco, de la zorra y de algunas focas que estaban acostadas sobre el hielo. Aun cuando creíamos estar cerca del mar libre, nuestra triste experiencia nos habia hecho ser precavidos contra todas las seducciones de un mar polar abierto. A partir de este punto, la ruta no carecia de peligros, porque entonces ya no marchábamos sobre una capa de hielo del invierno, sino en una tan delgada, que apenas tenia una ó dos pulgadas de espesor. Para precavernos de cualquier incidente que pudiera ocurrir, nos atamos todos con una misma cuerda, y con el hacha en la mano nos abrimos paso; sondeando sin cesar el espesor que tenia el hielo. Despues que doblamos el *Alhen-Cap*, que es una verdadera pajarera, llegamos á las dos columnas solitarias del *Saulen-Cabo*. Desde aquí empieza el mar libre.

Desde la cima de una colina distinguimos un admirable paisaje. A lo lejos veíamos el mar de un color azul oscuro sembrado de montañas de hielo, que mas bien se asemejaban á grandes perlas; gruesas nubes flotantes atravesaban de cuando en cuando por los ardientes rayos del sol, reflejaban sobre la superficie de las aguas, y debajo del sol parecia que existia otro, aunque con menos brillo, y en lontananza se elevaban á una gran altura los ventisqueros de la Tierra del príncipe Rodolfo, que se dibujaban al través de blanca neblina, como si fueran de color de rosa.

El 12 de abril cesamos de avanzar. Entonces el tiempo estaba mas claro que los dias anteriores, y el termómetro marcaba 11° R.

Al llegar cerca del *Saulen Cabo*, la capa de hielo era tan delgada, que nos vimos obligados á seguir por la vertiente de la montaña. Deseando explorar un campo de nieve, metimos nuestros efectos en la hendidura de una roca, en donde los osos blancos no podian penetrar, poniéndonos inmediatamente en camino.

Cuando llegamos á una roca (el *Cabo Germania*) en el 81° 57', dejamos el trineo, y atados todos á una misma cuerda nos dirigimos hácia el Norte, atravesando el campo de nieve y de hielo. Despues de una marcha de cinco horas por medio de grietas que hacian nuestro viaje muy peligroso, debimos llegar á 82° 5' de latitud, en un punto que llamamos el *Cabo Flagely*.

La vista que desde esta altura gozábamos nos hacia juzgar de la verdadera naturaleza de las regiones polares. Una vasta extension de agua libre se extendia á lo largo de la costa y estaba cubierta de una capa de hielo muy reciente, mientras que témpanos de hielo flotantes de medianas dimensiones se dibujaban en el horizonte en la parte del Oeste y del Norte. Sin embargo, teniendo en consideracion la estacion en que nos hallábamos, y que el viento que soplabá era del Oeste, no habia ninguna razon para suponer que este mar debia ser menos navegable en el centro del estio que estos anchos charcos, considerados como una señal característica de la naturaleza del Océano polar.

No podemos desconocer que nuestra corta estancia en este sitio no era bastante para destruir todas las objeciones, hijas de no pocos años de experiencias y de pruebas aducidas en contrario. Prescindiendo de la mayor ó menor resistencia del hielo, todo lo que hemos podido comprobar es que un buque que se encuentre en la punta del Norte de la Tierra Zichy puede avanzar diez ó veinte millas hácia el Norte, es decir, tan lejos como nuestra vista pudo abarcar al través de los témpanos flotantes; pero ningun buque podrá remontar las 100 millas del *Australia-Sund*.

A pesar de lo lacónico que he sido en la descripcion de nuestra expedicion, me he extendido algo mas acerca de este punto, pues nada podria perjudicar mas á las ulteriores exploraciones por las regiones árticas, que lanzar á la ligera aserciones que podieran suponerse que daban un nuevo paso á las hipótesis que han sido condenadas ya, y que pudieran causar no pocos errores entre los exploradores demasiado crédulos.

Por importante que sea la cuestion tantas veces debatida de si es ó no navegable una parte del mar Glacial, el hecho mas culminante para nosotros es haber descubierto nuevos paisos sembrados de montañas y atravesados por un ancho Sund, que hubiese podido ser visto desde el noroeste al noreste y hasta mas allá del 83° grado de latitud. Respecto al *Cabo Vienne*, que es un importante promontorio situado bajo esta latitud y en la parte mas setentrional, la justicia y la gratitud hizo que le llamáramos *Tierra de Petermann*.

Sin que tratemos de sentar una teoria respecto á la distribucion de tierras en el polo ó á la contigüidad de la tierra de Gillis, en la parte del suroeste, con el pais descubierto, nos será permitido sin embargo ase-

gurar que tanto en la extension de las costas como en los ventisqueros de este pais, nos parecieron una extensa aglomeracion de terreno que justifica hasta cierto punto la hipótesis del doctor Petermann en cuanto al archipiélago ártico. Si se considera el pais bajo el punto de vista geológico, desde luego se conoce que tiene poca analogia con el grupo de las islas Spitzbera, y que mas bien se parecen á la parte Oeste del *Grønland*.

Lo que hay de mas notable son los innumerables témpanos flotantes que existen en todos los Sund, mientras que no distinguimos ninguno mas al Sur en el mar de *Novaja-Zemlia*. No existen hechos para que pueda invocarse la accion de las corrientes, y por consiguiente la falta de hielos flotantes en el mar de *Novaja-Zemlia* nos autoriza á suponer su marcha hácia el Sur.

En medio de la lucha pacífica que sostienen las naciones para descubrir nuevos paisos, los exploradores enarbolan la bandera de su nacion en el punto que consideran el *Non plus ultra* de la expedicion.

Esto mismo hicimos nosotros en nuestro viaje al Norte, y así hoy el pabellon del Austria y de la Hungría flotan juntos en un punto donde todavía no han llegado las demás naciones. Despues de terminada esta ceremonia y depositado en la hendidura de una roca un documento probando nuestra presencia en aquellos sitios, tratamos de ganar el buque, que se hallaba á 164 millas hácia el Sur.

Merced á que el trayecto que debíamos recorrer lo hicimos á marchas forzadas y á que no llevábamos sobre nosotros mas peso que la tienda y las provisiones, muy pronto nos reunimos á nuestros compañeros, que habíamos dejado atrás y que nos esperaban con la mayor ansiedad.

Despues de haber atravesado los ventisqueros de la grande y bonita *Isla de Ladenbourg* y doblado el cabo Ritter (80° 45'), distinguimos el 5 de abril que el agua del mar impregnaba toda la capa de nieve, y que el tiempo estaba amenazador. Entonces nos encontráramos en la embocadura del gran *Markham-Sund*.

Al dia siguiente volvimos á ponernos en camino, pero de repente vimos cerca de las *Islas Hayes* que nos encontráramos enfrente de un inmenso charco que nos impedia avanzar, y de donde corria el agua con gran rapidez hácia el Norte. ¡La parte del Sur del *Austria-Sund* estaba trasformada en un mar abierto, y á treinta pasos de nosotros las olas azotaban el borde del hielo, sin que dispusiéramos de una embarcacion!

Para colmo de desgracias, una horrible borrasca de nieve se desencadenó sobre nosotros. En tan triste situacion tuvimos que retroceder, y despues de dos dias de una marcha penosa, conseguimos dar vuelta al abismo costeano grandes témpanos de hielo. Por fin, el 21 de abril llegamos al cabo Francfort, encontrando intacto el camino que nos debia llevar al buque. Entonces nos vimos salvados; pero en aquel momento nos asaltaron otros temores. ¿El *Tegetthof* existia todavía? ¿El alud sobre el que estaba encadenado estaria aun en el sitio en que le habíamos dejado? Felizmente le encontramos en el mismo punto, es decir, al Sur de la isla de Wilczek.

Algunos dias despues los consagramos al reposo, porque las fatigas que habíamos soportado durante nuestro viaje, arrastrando el trineo diez y ocho horas diarias, habian debilitado nuestras fuerzas.

A principios de mayo, M. Brosch, el tirolés Haller y yo hicimos otra excursion con el objeto de explorar el Oeste. A cuarenta millas del buque escalamos una alta montaña, el *Cabo Brünn*, y pudimos convencernos que el pais se extendia extraordinariamente por la parte del occidente, y, segun distinguimos, llega hasta el 46° grado de longitud Este.

El pais está surcado de numerosos *fjords*, y las montañas tienen en general la forma de conos truncados; la cima de una de ellas, la *Punta Humboldt*, tiene próximamente 5,000 piés. Por al Sur el mar estaba cubierto de un hielo compacto que se extendia hasta el horizonte. ¡Triste perspectiva para los que ansiaban regresar á su pais!

Terminada la excursion y habiendo conducido tambien el teniente de navío Weyprecht los trabajos de nivelacion hechos del hielo que rodeaba el buque, creimos terminada nuestra mision, y en este concepto no pensamos mas que en regresar á Europa.

El 20 de mayo, por la noche, se sujetaron los pabellones al buque, emprendiendo en seguida el viaje. Nuestro equipo era bien miserable, porque no teníamos mas vestidos que los que llevábamos sobre nosotros, y una manta para guarecernos de los frios de la noche. Los medios de trasporte consistian en cuatro canoas sobre patines, y tres grandes trineos que contenian cada uno un cargamento de diez y siete quintales, y que consistian en provisiones y municiones para cuatro meses. Las montañas de nieve que continuamente encontráramos en nuestro camino nos obligaban á andar tres veces un mismo trayecto, porque nos veíamos forzados á dejar detrás de nosotros una parte del convoy y volver despues á recogerle y reunirle con el que antes habíamos llevado. Cuando llegamos al limite de los témpanos de hielo, nos fué preciso hacer los mayores esfuerzos para trasportar los trineos y canoas de alud en alud, y hacerles atravesar las soluciones de continuidad del hielo. Por desgracia, los constantes vientos que reinaban del Sur deshacian lo que tanto trabajo nos habia costado, de modo que al cabo de dos meses nos encontra-

mos á dos millas alemanas de nuestro buque. En vista de la lucha que teníamos que sostener contra obstáculos invencibles, nos preguntábamos algunas veces si no tendríamos que volver á nuestra embarcación para sufrir una tercera invernada, sin esperanzas de regresar á Europa.

Entre tanto el hielo se volvió enteramente compacto, y en varias ocasiones tuvimos que pasar una semana entera sobre un fragmento, esperando que se abriese un canal por el cual pudiéramos continuar nuestro viaje.

Por fin á mediados de julio el viento se cambió del Norte, y se fueron formando canales y grandes charcos en medio del hielo; despues sobrevinieron las aguas, que sirvieron para ablandar la nieve, y de este modo en veinte dias conseguimos salvar sesenta millas, unas veces con el auxilio del hacha ó del arpon, y otras remando é izando las velas. En este trayecto adquirimos la seguridad que ningun buque habia podido penetrar hasta aquel momento en la tierra que acabábamos de descubrir.

A principios de agosto el estado del hielo nos hizo conocer que nos aproximábamos al mar abierto, y por fin el 13 del mismo mes nos encontramos libres, y al dia siguiente llegamos al limite de los hielos, á la pasmosa latitud de 77° 40'. Desde este momento nos consideramos salvados y libres ya de los temores que nos asaltaron en los mil peligros que habíamos corrido.

Cuando entramos en el mar abierto y durante nuestro viaje á lo largo de la costa occidental de Novaia-Zemlia, el tiempo estaba magnifico. El 18 de agosto pusimos el pié en la tierra firme en la casi isla del Almirantazgo, y el 24, es decir, al cabo de noventa y seis dias de viaje, nos encontramos en el *Dunen-Bai* el schooner ruso *Nicolai* (capitan Feodor Voronine), que nos acogió con la cordialidad que tanto distingue al pueblo ruso.

Despues de una corta travesía llegamos á Wardoe, en Noruega, en donde desembarcamos el 3 de setiembre de 1874.

X.

El don Ramon de la Cruz del siglo XVII.

A principios del siglo décimo sétimo proveia de loas, jácaras y entremeses á los corrales de Madrid el licenciado Luis Quiñones de Benavente, que por lo fecundo y epigramático fué en la época del jubón y la valona lo que don Ramon de la Cruz en los tiempos del espadín y los casacones. Sus sainetes tenían embelesado al Madrid del 1600, porque le retrataban de mano maestra y con pocas pinceladas; funcion sin entremés de Quiñones de Benavente, estreno de compañía sin loa ó jácara por él compuesta, eran presagios de mal éxito para cofradías y recitantes. Por este motivo, dando treguas á los graves asuntos de su profesion, hubo de escribir aquel licenciado multitud de obrillas, algunas de las cuales no tendrían mayor vida que la de la tarde en que por vez primera se echasen á las tablas. Escribirlas de fijo á vuela pluma para acallar los clamores de las compañías, y al hacersele la demanda de una loa ó jácara recordaria los versos que puso en boca de los comediantes que acaudillaba Alonso de Olmedo :

Jácara nos pedistes,
Ya os la servimos :
Y si pidiérais ciento
Fuera lo mismo.

Y en realidad de verdad no habria de quebrarse mucho el autor la cabeza para endilgar aquellos diálogos en que toman parte los actores y actrices de la compañía, y despues de exponer con enfáticas exclamaciones sus temores por la acogida que la coronada villa pueda dispensarles, de desfilar muchas veces en procesion la compañía entera declamando cada galan y cada dama su coplita, ya en elogio propio ya en elogio de los espectadores, acaban por dirigir al teatro estos ó parecidos apóstrofes :

¡Piedad, ingeniosos bancos!
¡Perdon, nobles aposentos!
¡Favor, helicosas gradas!
¡Quietud, desvanes tremendos!
¡Atencion, mis barandillas,
Carisimos mosqueteros,
Granuja del auditorio,
Defensa, ayuda, silencio!

Es cierto que en esas loas derramaba Quiñones de Benavente los tesoros de la lengua castellana, y que sus versos harían en un auditorio, educado para percibir y distinguir los mas delicados efectos prosódicos, la impresion vaga si se quiere, pero deleitosa, de una bien acordada sinfonia. Aquellas obrillas volan-

deras que han perdido ahora para nosotros el interés de actualidad que las hizo aplaudir en su tiempo, han conquistado en cambio otro, pues son mina de la que pueden sacarse curiosísimas noticias para la historia de la antigua comedia española y del histrionismo. Háse visto ya por el fragmento que acabamos de copiar cómo califica Quiñones de Benavente á las personas que ocupaban los distintos compartimentos de los corrales. Sabriase, pues, si por otros documentos históricos no se tuviese ya noticia de ello, que los aposentos, ó llámense palcos, segun la nomenclatura moderna, eran frecuentados por los nobles y gente de elevada alcurnia, que los poetas, doctores y licenciados, frailes y sacerdotes celebrados por su erudicion y saber solían tomar asiento en los bancos, y que en las gradas y desvanes se colocaban los oyentes belicosos y poco dispuestos á tolerar la mas pequeña falta en la representacion del entremés ó comedia. Y lo que sucede con el teatro, otro tanto acontece con los actores que en los reinados de los Felipes III y IV trabajaron en los corrales de la Cruz y del Príncipe. Las loas y jácaras los enumeran muchas veces, y de varios dicen los méritos muy menudamente, como se ve en la *Loa que empezó en la córte Roque de Figueroa*, en donde reciben calificacion á medida que aparecen, Arias de Peñafiel, Lorenzo Hurtado, Luis de Cisneros, Herrera el músico

Tan diestra que se duda
Quién mas la letra declara,
O en la garganta la voz,
O en la mano la guitarra.

Isabel la Velera y Ana María

Que un par de cartas
Trae de recomendacion
En los años y en la cara.

Del interés que bajo los indicados puntos de vista tienen los *Entremeses de Luis Quiñones de Benavente*, puede dar cabal razon el erudito don Casiano Pellicer, quien en su *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*, aprovechó con suma discrecion las varias y curiosas noticias en ellos contenidas. No apuró, sin embargo, la materia; actores se encuentran citados en los entremeses que no figuran en la obra de Pellicer; rasgos de costumbres pueden entresacarse que son por demás entretenidos; elementos que sin disputa utilizará hábilmente el distinguido académico don Cayetano Rosell en la reseña biográfica de actores que promete dar en el segundo tomo de *Entremeses* del ingenioso licenciado.

Pero no solo como manifestacion de hábitos y aficiones de una época tienen importancia las obras de Quiñones de Benavente; se la dan tambien el ser algunos de ellos lindísimos cuadros de costumbres, llenos de colorido, de animacion escénica y de intencion satírica. No se busque en estos entremeses la regularidad que se halla en los sainetes de don Ramon de la Cruz, ni mucho menos los conjuntos dramáticos que ofrecen *la Maja majada*, *la Casa de Tócame Roque*, *las Botellas del olvido*, etc., etc. Párecense las producciones de ambos autores en ser el reflejo fiel, fotografia, como hoy diríamos, de sus contemporáneos. Vió don Ramon de la Cruz el Rastro y el Prado de Madrid poblado de majas, curros petimetres, abates, y trasladó á la escena aquel hervidero de pasiones, intrigas y miserias : topó Quiñones de Benavente con los murmuradores, los buscones, los espada-chines y las dueñas que llenaban la calle Mayor, y los retrató de cuerpo entero y convirtió en protagonistas de sus producciones dramáticas, atacando en ellos los vicios de su época, que con ligeras variantes son los mismos de hoy y los mismos de siglos muy remotos. En estos tipos muestra el mencionado autor todo el donaire que rebosa su pluma; los rasgos con que suele caracterizarlos pueden causar envidia á cómicos famosos. ¿No es digna de Molière la reprension que el avaro Taracea dirige á sus criados en *el Talego-niño*?

¿De lechugas haceis las ensaladas?
Los pobres amos son los que lo lastan;
Pues de hojas de rábano ¿no bastan?
.....
Destruidores de la hacienda ajena
¿Una clara os cenais en una cena?

No menos bien caracterizados están en el entremés de *los Cuatro galanes* el doctor en medicina, el licenciado en derecho, el escribano y el soldado, que aspiran todos á la mano de la misma dama, exponiendo su amorosa pretension en términos que descubren sus respectivas murmuraciones, y en *el Murmurador* el personaje que truena contra las lenguas maldicientes, y á roso y velloso murmura á su vez de todo el mundo. La censura se limita en ocasiones á un circulo mas estrecho, por ejemplo en la primera y segunda parte del *Guarda infante*, en la que á Josefa Roman, que sale muy hueca, le van quitando los hierros,

esteras y ballenas del *mirinaque* y los pelos postizos del moño, dejándola hecha una lagartija, y á Juan Rana, el insigne gracioso, las pantorrillas rellenas, el sombrero de hampa y las guedejas con las cuales, segun las modas de entonces, emulaban los galanes á las hembras. En cambio en *la Muerte*, suerte de *Danza* á lo cómico, y en *el Tiempo*, el pensamiento es filosófico y está desenvuelto en medio de una gracia chispeante y de una versificacion deleitosa, con una admirable alianza de lo risible y de lo intencionadamente dramático. Véase en prueba este corto fragmento que copiamos del primero de los citados entremeses :

ANTONIA.

Quince años hoy cumplí :
Nunca hay muerte tan temprana.

BEZON ó la MUERTE.

Vente, hermosura liviana,
Moza loca, vente á mí.

RUFINA.

Mi edad se burla de tí :
Salió tu esperanza vana.

BEZON.

Vente, hermosura liviana,
Moza loca, vente á mí.

TODOS.

La mocedad no es razon
Que llegue á presencia tuya.

BEZON.

Si es hoy la edad alleluya,
Mañana es kirie eleison.

Varios de los entremeses de Quiñones de Benavente son cantados, y en el uso de los versos y combinaciones métricas á propósito para la música demuestra aquel autor su delicadísimo oído y su facilidad en el versificar al propio tiempo que el mayor desembarazo para hacer de los versos y de los vocablos que se le antojaba dentro del ritmo, cantinela ó tonadilla que habria escogido. Parte muy interesante ha de ser de las indicadas obras el conocimiento de la música con que se cantaban, y el saber hasta qué punto en el desempeño podían los actores y actrices dar rienda suelta á la fantasia y el capricho. Que la música hacia en ellos un papel principal, se desprende manifiestamente de la simple lectura : la danza los acompañaba tambien con frecuencia, pues en los siglos XVI y XVII eran en número considerable los bailes con tonadillas que las gentes de la carátula presentaban en plazas y corrales para solaz del pueblo. No muy honestos serían algunos de ellos, cuando el Consejo de Castilla se vió obligado á prohibir entre otros el de la zarabanda á principios del siglo XVII. No obstante, á pesar de la prohibicion, segun dice Pellicer, la zarabanda vivía y piruetaba en los teatros de Madrid el año de 1640, por lo cual no es aventurado suponer que fuese mas de una vez picante aditamento de los entremeses de Quiñones de Benavente, hoy nuevamente puestos en manos de los lectores curiosos, merced á la edicion dirigida por don Cayetano Rosell, y elegantemente impresa en la coleccion bibliográfica titulada *Flores de antaño*. Rarísimos se han hecho los ejemplares de las *Flores de entremeses* y de las recopilaciones de igual clase, en donde podían leerse los de aquel celebrado autor. Oportuno era pues reproducirlos, y el libro de que hemos hablado en este articulo ha venido muy á sazón para facilitar á las personas aficionadas á las letras el conocimiento de uno de los poetas de fisonomía mas peculiar y característica del antiguo teatro castellano.

F. M. Y B.

(Diario de Barcelona.)

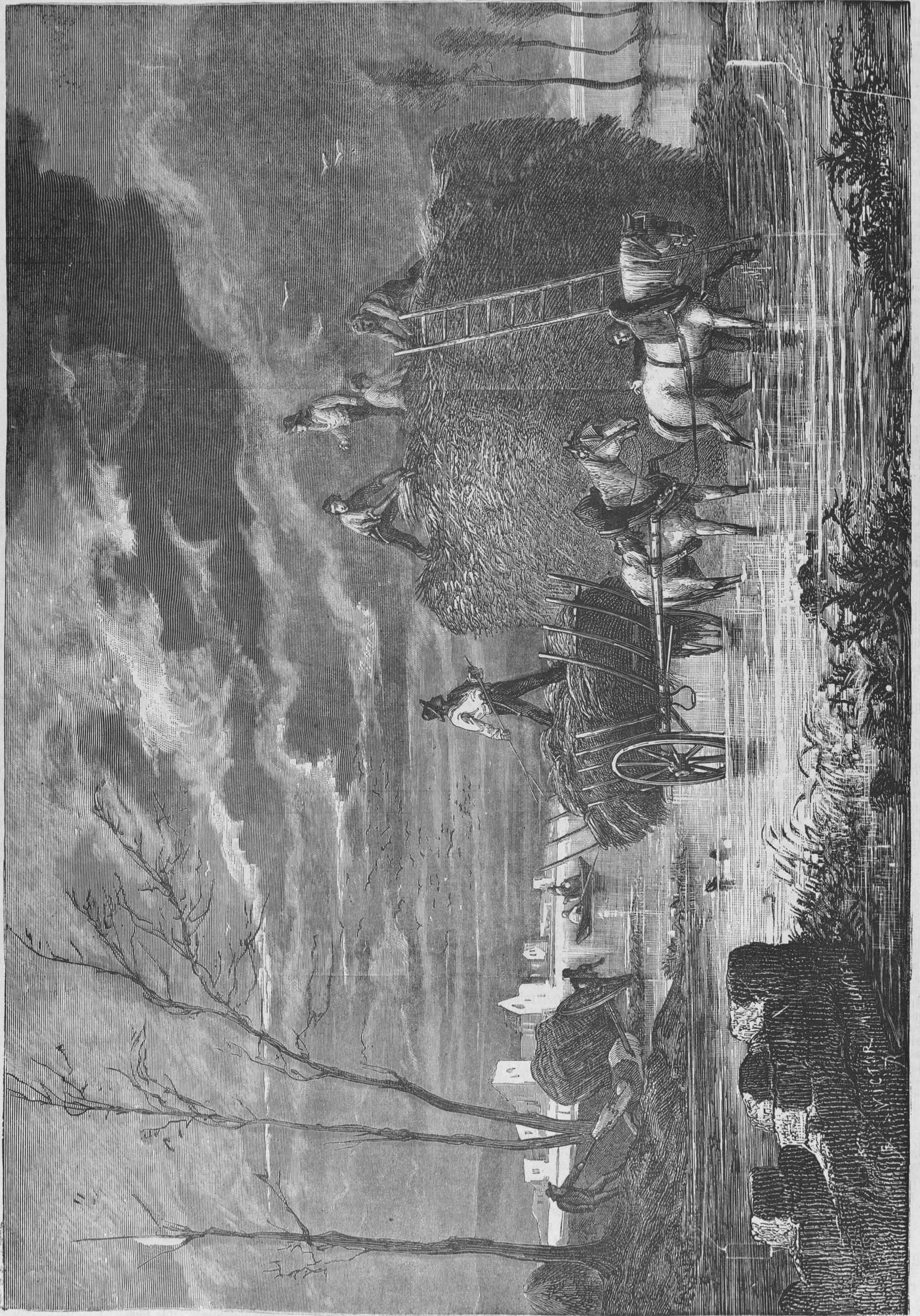
Las inundaciones

EN EL MEDIODIA DE FRANCIA.

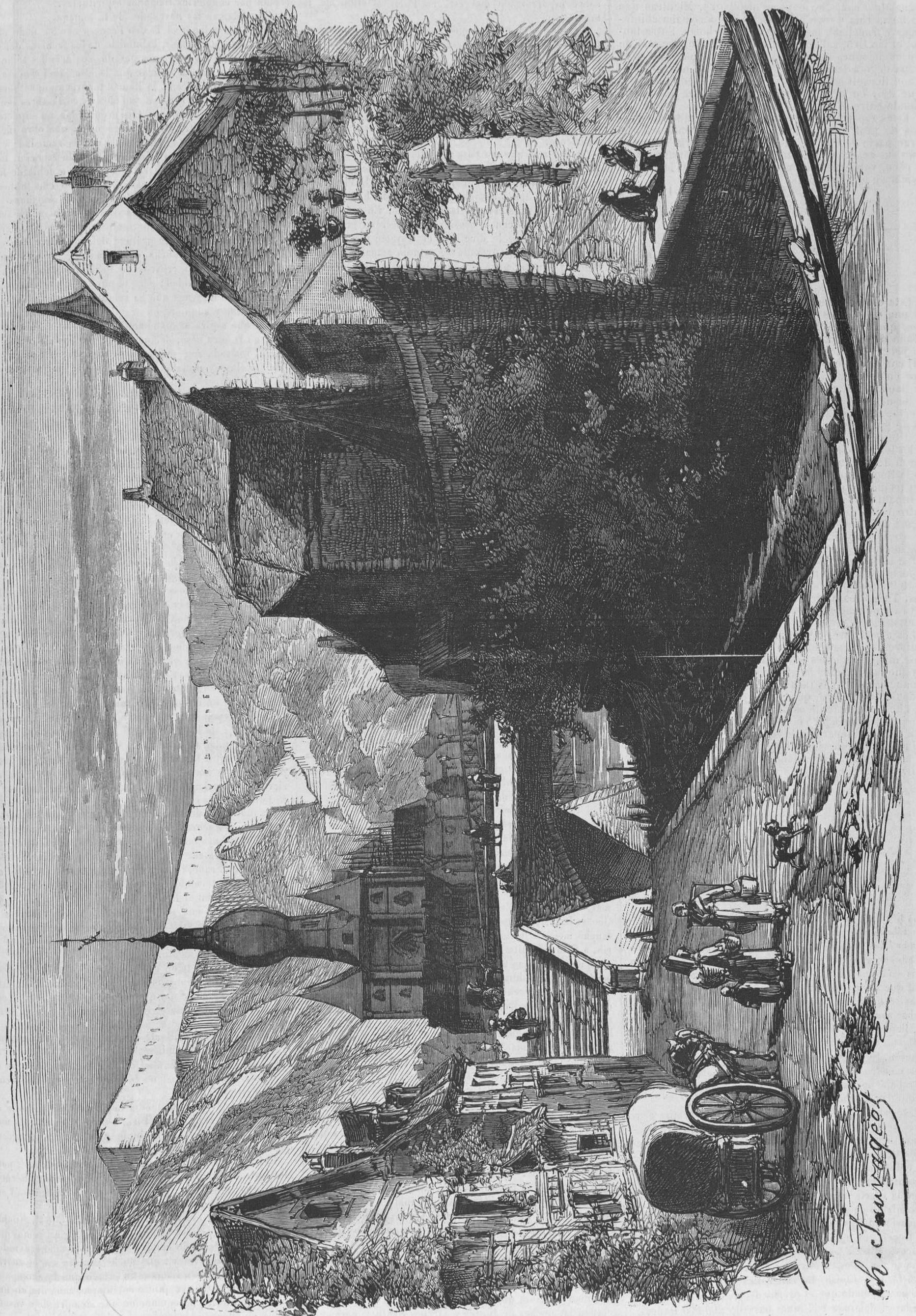
Las muchas lluvias que sobrevinieron en la segunda quincena del mes de octubre, engrosaron de tal manera los torrentes y los rios, que produjeron grandes inundaciones en el Mediodia de Francia.

Los departamentos del Tarn, Aude y Hérault, han sido los que mas sufrieron en estas inundaciones.

En el primero, el puente de Saint-Aignan, cerca de Brassac, fué arrebatado con una casa situada en Labastide-Rouairoux. En el del Aude, toda la llanura de Narbona, no tardó de ser invadida y sumergidos varios puntos de la via férrea; y hubo momentos, entre Lesignan y Villedaigne, en que el agua llegaba á los ejes de los vagones. En el del Hérault, los torrentes habian acumulado tanta tierra en la linea del ferrocarril, que fué preciso suspender la circulacion.



INUNDACIONES EN EL MEDIODIA DE FRANCIA. — Labradores recogiendo la cosecha de trigo.



Ch. Sauvageot

La ciudad de Dinant (Bélgica).

En este último departamento ha sido en donde las aguas han causado mayores destrozos. Mientras que la lluvia caía á torrentes, el viento derribaba chimeas y tronchaba las ramas de los árboles. Entre tanto, el río Orb, saliéndose de su cauce, se esparció de tal modo sobre los campos, que por algunos sitios el agua llegó á tener 2 metros de altura. Al mismo tiempo el Hérault se desbordó y se precipitó con tal furia, que muy en breve cubrió toda la llanura que se extiende entre el Agde y Florensac.

Estas repentinas crecidas han ocasionado deterioros de gran consideración, particularmente en una gran parte de los labradores que no habían recogido aun sus cosechas. Felizmente las lluvias cesaron poco á poco, volviendo después los torrentes y los ríos á tomar su antiguo curso.

L. C.

Dinant.

Esta ciudad, que pertenece á la provincia de Namur, es una de las más antiguas de Bélgica. Su nombre parece que procede de un templo que había sido consagrado á Diana por los romanos. Cualquiera que sea su procedencia, ya la vemos citada en los siglos VI y VII con el nombre de *Dionantis*, haciéndose muy célebre en la edad media por sus trabajos en cobre que se llamaban de *dinanderies* (obras de azófar).

Desde esta época ha sufrido crueles vicisitudes. En efecto, en 1466 fué saqueada por el ejército victorioso de los borgoñones, y poco tiempo después fué vuelta á tomar y saquear por el duque de Nevers.

En los años de 1675 y 1794 los franceses se apoderaron de la ciudad, y durante todo el tiempo que duró la República, fué una de las cabezas de partido del departamento de Sambre y Meuse.

Dinant está situada en la orilla derecha del Meuse, entre este río y las rocas escarpadas y cortadas en forma de terraplenes. La ciudad está arrimada á estas rocas y dominada por una gran fortaleza. La población no tiene, por decirlo así, sino una calle que sigue las revueltas del Meuse. Como aun conserva su aspecto de la edad media, se ven muchos tejados con dentellones y pórticos coronados de antiguos tejadillos. Todos los viajeros conocen su bonita catedral gótica que encierra una rica tribuna y un curioso bautisterio.

Los alrededores de Dinant presentan muchos sitios pintorescos, sembrados de casas de campo. Los paseos más agradables están á orillas del Meuse, pero los que más llaman la atención son los caminos que conducen á los castillos de Frey y de Walsin y á la famosa roca Bayard, que es una prodigiosa estalagmita, que antiguamente estaba unida á la roca que domina en forma de pico la orilla. En tiempo de Luis XIV, esta roca fué separada de las grandes masas de rocas á que estaba adherida y hoy se ve un estrecho camino abierto entre esta misma roca y las que se hallan al borde del camino.

L. C.

Revista de Paris.

La fiesta de la conmemoración de los Difuntos, favorecida este año por una temperatura de las más benignas, ha llevado á los cementerios de Paris, la misma imponderable afluencia que se nota siempre. Es cosa sabida que en Paris está muy generalizado el culto de los muertos. Todo el que ha visitado el célebre campo santo del Père-Lachaise ha podido observar que la mayor parte de las tumbas son jardines, cuidados con esmero por las familias, llenos de coronas, de urnas, de una gran variedad de objetos fúnebres que continuamente se aumentan ó se renuevan. Si los ricos pagan estos cuidados de jardinería á los constructores de las tumbas, los pobres se toman el trabajo por sí mismos, y es una tarea piadosa que durante largo tiempo no se olvida.

¿Qué mucho pues, que en la fiesta conmemorativa acuda ese gentío inmenso á los cementerios parisienses? Desde muy lejos de las entradas se notaba ya el prodigioso desfile de hombres, mujeres y niños vestidos de negro, que casi todos llevaban su ofrenda; y luego las masas cerradas acompañaban al enlutado séquito. Si hasta los que tienen la suerte de no haber llorado en época reciente el fallecimiento de parientes ó amigos, concurren ese día á la mansión de los difuntos. Las tumbas de hombres célebres tienen sus agasajos particulares: aquí los hombres políticos, allí los artistas ó los poetas. En el Père-Lachaise se ven siempre ofrendas especiales en el mausoleo de Abelardo y Eloisa. La estadística, que se apodera de todo, ha calculado que el precio de las coronas fúnebres vendidas el domingo y el lunes pasa de 200,000 francos.

Este guarismo confirma bien lo que antes hemos dicho, sobre lo arraigado que está en Paris el culto de los muertos.

Grande es el peligro que corre hoy este sentimiento piadoso tan digno de veneración y de respeto. Sin duda no han olvidado los lectores de estas revistas que se trata de fundar un cementerio único á larga distancia de Paris, en Mery del Oise, ó sea á unos 20 kilómetros de la capital, idea que surgió en los últimos años del imperio, despertando entonces mucha oposición, y que al cabo y al fin ha venido á ser aprobada por el Consejo municipal parisiense.

No creemos que sea cosa resuelta todavía; pues según parece, se necesita una ley y nos consta que muchos diputados son hostiles á semejante proyecto. El clero lo es también: en todas las iglesias de Paris ha habido registros abiertos para recoger las protestas. En vano se alucina al público con concesiones de terreno gratuitas ó poco menos, y se le dice que el trayecto por un ferrocarril especial cuyo trazado se estudia actualmente, será rápido y barato; pues esto no salva los numerosos inconvenientes que tendrán las ceremonias fúnebres hechas en común, digámoslo así, con un viaje forzoso á campos lejanos que no obstante el ferrocarril, no podrán visitarse con la frecuencia que Montmartre, Montparnasse ó el Père-Lachaise.

Es muy cierto que los cementerios actuales no bastan; pero el departamento del Sena tiene distintos lugares en que crear otros fuera de las murallas, sin ir á buscar tan lejos. Así se expuso en el contraproyecto presentado en el Consejo municipal; pero fué desechado, pareciendo más cómodo que las 40,000 personas que, aproximadamente, mueren cada año en Paris, sean sepultadas en un departamento contiguo. De perfeccionamiento en perfeccionamiento se llegará á adoptar quizás el método singular que hoy se discute en Austria.

Allí también se ha elegido un sitio distante de la capital para cementerio; y ahora están buscando los medios de transporte más rápidos para la traslación de los difuntos.

Con este motivo dos ingenieros de Viena han sometido al municipio la idea siguiente:

Se principia por separar radicalmente la ceremonia religiosa de la inhumación.

Bajo este concepto se construiría en el centro de la ciudad un vasto depósito de inhumación abierto á todos los cultos, y en este edificio magníficamente adornado habría lugar para todas las ceremonias religiosas con el carácter que las distingue.

Una vez terminada la ceremonia se levantaría una trampa, se pondría el féretro en un carrerón y carrerón y féretro desaparecerían instantáneamente en un tubo neumático, como el que sirve para el transporte de cartas y despachos. El aire comprimido llevaría el cadáver á la tumba. Entre tanto los parientes ó amigos tomarían el camino que más les agradara para ir al cementerio ó se volverían á su casa, pues en realidad la ceremonia religiosa y la inhumación se efectuarían en el edificio central, en razón á que la embocadura del tubo neumático representaría el orificio de la zanja.

El túnel mortuario tendría 4,750 metros de largo. El trayecto de los carrerones por el túnel se haría por el aire comprimido á la ida y por un vacío parcial á la vuelta.

Según los ingenieros Von Felbinger y Hudetz, autores del proyecto, este tendría el mérito imponderable de suprimir las impresiones dolorosas de una larga caminata que tantas veces se hace en el polvo y en el lodo. Además, á su juicio, el confiar el féretro á un tubo neumático es hacerle desaparecer «de un modo que se presta mucho mejor á la ilusión que la fría tierra del cementerio.» Esto no quita para que las familias que no se diesen por satisfechas tomasen el camino del campo santo y asistieran á la inhumación definitiva.

En el edificio central habría muchas capillas. Terminada la misa y las últimas bendiciones, la comitiva se formaría en torno del cuerpo; en el centro de cada capilla habría un sarcófago, movido por un ascensor disimulado á la vista, y la maniobra de un simple resorte bastaría para que la caja bajara á la cueva del edificio.

Tal sería el fin de la ceremonia del entierro.

Las manipulaciones del transporte se harían en la cueva.

Hé ahí lo que han inventado los dos ingenieros de Viena, sistema que hallamos explicado largamente en los *Anales industriales*, con expresa recomendación para que el Consejo municipal de Paris vea si habría algo que hacer en este sentido con aplicación al futuro cementerio de Mery del Oise.

La invención es notable por más de un concepto; pero antes de proponerla al Consejo municipal de Paris, parecemos que sería oportuno esperar á ver los resultados que produce en Viena, caso de que se plantee allí, lo cual no es un hecho consumado todavía.

La fiesta de los Difuntos no ha interrumpido un instante en Paris las diversiones públicas. En esta población verdaderamente cosmopolita sucede siempre así: no hay festividad religiosa que haga cerrar los teatros, si se exceptúan las noches de Jueves y Viernes Santo, y para ex-

to no se cierran todos, lo que se hace es cambiar la función por conciertos llamados espirituales.

Muchas son las novedades de la semana.

En primer lugar el Teatro Francés nos ha dado el *Demi-monde*, de Dumas, exhumado de los archivos del Gimnasio, donde alcanzó años pasados sus grandes triunfos.

Supérfluo parece indicar que la Comedia Francesa, ó la casa de Molière, como la llaman todavía algunos hombres atrasados, nos ofrece con esta obra de costumbres tan modernas y de intenciones tan acentuadas un espectáculo bastante chocante. Desde luego no es una obra inédita, sino conocida por el contrario hasta la saciedad; y después, y este á nuestro juicio es el punto esencial, la declarada inmoralidad de esta comedia no debía de haber sido una recomendación para que pasara con tantos honores de un teatro secundario al que se considera y con razón, como el primero que hay en Francia. Es verdad que se discute mucho este punto importante; que el mismo autor ha escrito un prólogo defendiéndose con energía de semejante mancha en su comedia, y que muchos de los principales críticos de Paris insisten en que no existe tal inmoralidad; pero el público no ve otra cosa en la baronesa de Ange que ha sabido elevarse hasta el *medio mundo* y adquiere un orgullo tan grande en esas alturas que aspira al matrimonio como una señora honrada, no ve otra cosa, decimos, que un tipo de mujer perdida, realzada con sentimientos que no pertenecen á las de su clase y pintada con colores que por ningún concepto se merece.

Pero para la empresa el caso es muy sencillo.

El Teatro Francés posee en la actualidad una actriz llamada Mlle Croizette, que ha hecho fanatismo por su manera de morir en la *Esfinge*.

— Aprovechemos la boga, se ha debida decir el empresario, y tendremos este invierno otra buena fortuna.

Dicho y hecho. El papel de la baronesa de Ange pareció convenir al talento naciente de Mlle Croizette, y se pasó adelante sin reparar en otra cosa.

Ahora bien, el cálculo salió mal: Mlle Croizette está en camino de perder en la representación del *Demi-monde* lo que había ganado en la de la *Esfinge*.

En este punto no hay discusión: el público y la crítica están de acuerdo para declararla insuficiente.

La malograda Rosa Cheri, que había creado el difícil papel de la baronesa de Ange, supo envolverlo en tantas reticencias y graciosas reservas, que lograba disfrazar un tanto su crudeza; pero Mlle Croizette no se anda con rodeos, según suele decirse: es una mujer común, mas que común, vulgar, que se descubre desde la primera palabra que pronuncia. No se habría podido elegir otra personificación mejor de este papel para que se viera claramente lo que es en el fondo. En suma, en nuestro sentir, esta circunstancia que pone muy de relieve la inmoralidad del carácter de la protagonista, hace que los que niegan esa inmoralidad se encuentran confundidos, y son los más terribles contra la actriz que tanto aplaudieron en la *Esfinge*. No: la tentativa no ha producido buen efecto, y si sirve de escarmiento al empresario, casi habrá motivos para felicitarle de ello.

La influencia de las actrices eminentes en el repertorio moderno, comienza á ser como la de las cantantes en la ópera. Que haya una de estas artistas idolatradas del público y la pieza sea cual fuere, obtendrá una larga vida.

El Teatro Francés se ha engañado esta vez con Mlle Croizette; pero en cambio el de las Artes ha acertado con Mlle Rousseil, en el *Idolo*.

Así se titula una nueva comedia en cuatro actos de MM. H. Crisafulli y L. Stapleux, que ha obtenido un éxito prodigioso.

Hé aquí el argumento.

Al levantarse el telón nos encontramos en los Pirineos, en uno de esos pueblos miserables que merecerían estar olvidados enteramente, y que la moda con su varilla mágica trasforma durante el verano en reunión de la gente opulenta.

La reina de esta brillante sociedad es por el momento la hermosa duquesa Andrea de Argel.

Casada contra su voluntad con un hombre á quien no ha amado nunca, se resigna con su suerte que la ha convertido en enfermera.

Con efecto, su esposo medio imposibilitado se halla en una estación termal de los Pirineos en busca de una mejoría en sus dolencias, y la duquesa es el ángel guardian que vela al lado del paralítico de noche y de día.

No hay para qué decir que la sobran adoradores; pero ella los rechaza con igual desden, excepto á uno, hermano de una amiga suya, que distingue con su amistad sin pasar adelante en sus favores.

La amistad en cambio del amor violento que Reginaldo de Therigny la profesa es muy poca cosa; y así vemos que el amante desgraciado emplea contra la desdeñosa todos los medios imaginables: una noche penetra en el cuarto de la duquesa, quien llama á un criado que le acompaña hasta la calle, otra vez quiere suicidarse, cada día en fin, inventa un motivo de conmoción que siempre deja insensible á su adorado tormento.

Sin embargo, no debía ser eterna esta repulsion, pues Andrea ama á Reginaldo sin descubrirselo.

Un desafío con un inglés, á propósito de lances de juego, provoca la escena decisiva.

La duquesa promete su amor con la condicion de que no se verifique el duelo.

La felicidad de los dos amantes no dura mucho; Reginaldo, que se ha arruinado con sus locuras y no quiere que la duquesa rescate su patrimonio, acepta el empleo de secretario de embajada en San Petersburgo.

Antes de separarse juran que se escribirán continuamente; pero á las primeras cartas se concluye esta correspondencia amorosa. El director de correos de San Petersburgo, que quiere casar á Reginaldo con su hija, ha interceptado todas las cartas; y con efecto, cuando la duquesa, que se ha quedado viuda, corre á la capital de Rusia para casarse con su amante, le encuentra ya comprometido.

Andrea se suicida, loca de desesperacion y de celos al ver perdido para ella á su idolo.

Tal es el drama, pobre de argumento, pero levantado por la pasion como una de aquellas obras juveniles que escribieron los Victor Hugo y los Dumas.

Mlle Rousseil está admirable y se ha conquistado desde luego el envidiado puesto de actriz eminente.

Nos falta espacio para hablar debidamente de una nueva ópera de Offenbach titulada *Madame l'archiduc*, que acaba de estrenarse en los Bufos parisienses; lo dejaremos para la semana próxima y entre tanto diremos que el éxito ha sido extraordinario y por todos conceptos merecido.

MARIANO URRABIETA.

Del realismo en la dramática.

La decadencia del arte dramático es un tema tan controvertido y tan controvertible que, al añadir algunas observaciones á las ya expuestas sobre el asunto, se corre el riesgo de incurrir en repeticiones enojosas ó de aventurar juicios temerarios á los ojos de la opinion, que hace tiempo tiene dirimida la contienda. Para ella el teatro ha muerto en su cuna sin haber dado hasta hoy un paso adelante. Yo creo que la opinion se equivoca y voy á tratar de demostrarlo.

Causa verdaderamente asombro que el carro de Teshis, sobre el que en las fiestas dionisiacas y en la modesta forma de coro en honor de Baco se incubaron los genios potentes de Shakspeare, Lope, Corneille y Schiller, sucediera una trasformacion tan radical como la que supo imprimirle en breve espacio el hijo predilecto de Melpómene, el gran Esquilo. Maravilla es sin duda que sin modelos que imitar, sin ejemplo precedente y con el solo auxilio de su intuicion, diera aquel prodigio tal amplitud, tal graduacion y tal solemnidad al desarrollo del sentimiento, que nadie le haya superado en perfeccion. Pero, ¿es esto todo? ¿Podía el arte permanecer encerrado en el estrecho círculo del númen religioso que le inspiraba? Mejor dicho. El sentimiento abandonado á sí mismo ¿bastaba á constituir el arte? No. Un motivo musical desarrollado hasta lo infinito hace de su autor un oráculo que resuelve los misteriosos enigmas del contrapunto; pero no satisface á las exigencias del poema teatral.

El terror supersticioso, tan magistralmente tratado en las *Euménidas*, es un rasgo característico de su época; pero infantil como el arte que iniciaba. Si aquel hombre hubiera florecido en el siglo de Luis XIV, es posible que Racine y Corneille ocupasen hoy un lugar inferior; pero como á los autores hay que juzgarlos por sus obras y en absoluto, preciso es confesar que el *Cid*, los *Horacios*, *Ester* y *Atalia* son, bajo el punto de vista artístico, un gran paso en el progreso de la literatura dramática; paso dado sobre la ruta que trazara Esquilo; mas no por eso menos evidente. Y esta supremacía, que la posteridad otorga al maestro griego á justo título de creador, sus contemporáneos fueron los primeros en reconocérsela. Sófoles, aumentando el número de los personajes á sus tragedias, desarrollando su accion en la region pura é ideal del mismo sentimiento religioso; pero mas esmerado en el artificio escénico, y si no con tanta plenitud en la manifestacion de los afectos, con mas precision en la forma exigida por el diálogo, y por decirlo así, mas en relacion con el hombre que con la divinidad, tuvo á los atenienses en duda para decidir del orden gerárquico, hasta que, por un arranque de merecido respeto, concedióse el primer lugar al autor de *los Persas*, si bien este, segun Aristófanes consigna en su comedia *las Ranas*, dejó el cetro al del *Edipo en Kolonos* al salir de los infiernos, como el mas digno de empuñarle en su ausencia.

Hecha esta salvedad acerca de la admiracion que á todos debe producir el nombre del que puso la primera piedra, veamos ahora cómo sobre tan sólidos cimientos las generaciones futuras han levantado un edificio.

La filosofia de Anaxágoras, rompiendo abiertamente con los errores del paganismo y presintiendo la

existencia del Dios único, debía necesariamente originar una revolucion en las manifestaciones de la inteligencia humana, como la habia producido en las ideas. Y en efecto, Fidias, imprimiendo á sus concepciones esculturales el divino soplo del alma, desconocido hasta entonces; Sófoles libertando al hombre del yugo de la fatalidad con la predicacion del espiritualismo; Aspasia regenerando á la mujer por el dulce sentimiento del amor, y Pericles aplicando al orden político la libertad descubierta en el moral para la conciencia, no fueron los solos discípulos que honraron aquella escuela coronada mas tarde por los opuestos principios de Platon y Aristóteles. El teatro tuvo tambien un Eurípides.

No es extraño que la posteridad haya puesto á este autor muy por debajo de Esquilo y Sófoles, toda vez que sus apreciaciones son hijas de las que á sus contemporáneos mereció el autor de *Hécuba* y de *Orestes*; pero ¿es justo semejante juicio? ¿No es de presumir que, cuando la secta de que Eurípides formaba parte amenazaba destruir todo lo existente, la prevencion, el miedo, las tradiciones supersticiosas de los mas tratase de oponerse á su reforma, aun á despecho de la razon? El pueblo que habia acusado de impiedad á Fidias y á Aspasia, ¿podía tolerar en la escena lo que, llevado de un encono inconcebible, censuraba el primero de sus críticos, Aristófanes? No. Era preciso oponerse al movimiento... y no obstante, Eurípides obtuvo cinco veces el premio en los certámenes literarios del Dionision.

Que los atenienses, ávidos de la belleza material y afectos á sus tradiciones, echasen de menos en las tragedias de Eurípides la amplitud, la cadencia, la majestuosa solemnidad de los versos de Esquilo, y sus asuntos, sometidos inflexiblemente á una idea supersticiosa, aunque faltos de variedad y de entonacion en los caracteres, nada tiene de extraño, dado el período infantil porque el arte atravesaba; pero que nosotros, aleccionados por el tiempo y la ciencia, sigamos tan errónea pendiente, no merece disculpa. ¿Pues qué! Si las obras del trágico de Salamina, únicas representaciones que honraba Sócrates con su asistencia, carecen de la plenitud rítmica y de la graduacion en que abundan las de Esquilo, ¿no es debido á la mayor acumulacion de incidentes y á las exigencias de un diálogo que, traduciendo pasiones humanas, afectos íntimamente relacionados con la vida real y sentimientos nacidos del alma, debe diferir, por consiguiente, del empleado en una accion fabulosa atribuida á los dioses, en unos hechos sobrenaturales cuyo móvil era el terror, en una fatalidad siempre presidida por el *deus ex machina*, y en unos asuntos, en fin, tan convencionales, que, para que en su interpretacion todo saliese de lo natural, hubieron de inventarse el coturno, que agrandaba las proporciones de la figura, y la máscara, que desenvolvía las de la voz?

Es cierto que Eurípides se abandonaba á veces á un estilo retórico impropio del objeto, aunque disculpable hasta cierto punto por su instinto reformador y el natural deseo de proparar sus doctrinas; pero ni este defecto desvirtúa sus bellezas, ni yo supongo que sus obras son un complemento de perfeccion. En cambio en sus tragedias no se ven como en el *Edipo rey* de Sófoles, descripciones absolutamente ajenas al asunto, ni reconocimientos tan puerilmente preparados como el de Esquilo en *las Coéforas*. La entrevista de Polynice y del ambicioso Eteoclo en *las Fenicias*, es un modelo de perfeccion y de verdad en el diálogo que yo no titubeo en preferir á la monótona grandiosidad de *los Sietes jefes contra Tebas*. Su *Hipólito* basta á crear una reputacion. Por último, si sus antagonistas le censuran por haber prescindido del origen sagrado que presidió á la tragedia griega, se les debe contestar, que ni lo que la sirviera de pretexto podía conservarse como precepto riguroso, ni culpar á Eurípides de la transicion de la época religiosa á la filosófica, que al fin representaba la marcha del arte, resultado lógico del movimiento de las ideas. Luego si la dramática tiene una mision que cumplir, preciso es juzgarla en absoluto, y bajo este supuesto puede decirse que el teatro en Eurípides se hace adulto, filosofa y se emancipa.

*
* *

Los griegos, que bajo cualquier punto de vista que se los considere han sido los iniciadores de toda gran idea, por mas que las civilizaciones sucesivas se hayan encargado de perfeccionar el embrion, nos legaron el principio fundamental sobre que reposan las acciones humanas en sus tres escuelas filosóficas, espiritualista, cinica y estoica. El pró, el contra y el justo medio, hé aquí el círculo en que gira la inteligencia y en que se desarrollan sus manifestaciones. A la abstraccion teórica de Sócrates y á la pureza ideal de Platon suceden como contraste la rudeza desnuda de Antístenes y la aplicacion práctica pero desenfrenada de Diógenes. Zenon, haciendo realizables las teorías de los primeros y descartando de su misantropía la virilidad con que los segundos peleaban contra las miserias sociales, da origen con su eclecticismo á una escuela que, teniendo por norte la virtud, por conducta el ejemplo práctico de sus predicaciones, y por consecuencia el valor para resignarse al sufrimiento y confundir al vicio, llega al colmo de la perfeccion en Epicteto, cuyas máximas, aplicadas á la moral de Jesu-

cristo, no se han desdeñado en copiar San Agustín y San Carlos Borromeo.

Ahora bien. ¿Podía el teatro rehuir la influencia de un movimiento á que nada ha sabido escapar en el mundo? Imposible. Como la humanidad, empezó siendo filósofo, se convirtió en crítico y concluirá moralizador. La primera etapa se sintetiza en Eurípides, la segunda en Aristófanes.

La comedia, que empezó siendo un arte con Epicarmo y Crates, no llegó á merecer la honra de alternar con la tragedia en los concursos del teatro de Baco hasta algunos años mas tarde en que, robustecida por Cratino y Eupolis, pasó al dominio del prodigioso estro del autor de *Pluto*.

Este ingenio vigoroso, esta maravilla, que á una entonacion pindárica en sus coros añadia un aticismo en el diálogo y una sátira incisiva y contundente en las ideas, desconocidos hasta entonces, puede decirse que es el cinico del teatro. Afiliado al partido de la aristocracia, no perdonó medio para atacar de frente todas las exageraciones á que, á su juicio, se libraba la República de Atenas. Lo mismo caian bajo su férula los actos del general Cleon, que ponía en ridículo la academia de Sócrates, las tragedias de Eurípides, la venalidad de los jueces, los defectos de sus conciudadanos y hasta á los mismos dioses de su pagano Olimpo. Arrastrado por el sentimiento político que dominaba en su época, dirigió sus miras con predileccion á esta clase de asuntos, y *los Acarnianos*, en que censura la injusticia de la declaracion de guerra á Esparta; *los Caballeros*, en que ataca á toda la demagogia en la persona de su jefe; *las Avispas*, en que los arcontes, los heliastas y los diez tribunales de justicia son acusados de indolencia y corrupcion; *la Paz*, en que vuelve á insistir sobre la de la lucha en el Peloponeso; *Lisistrata*, groseramente plagiada hace poco en Paris bajo el título de *la Timbale d'argent*, y en la que la misma lucha fratricida constituye el tema, y *la Asamblea de las mujeres*, en que ingeniosamente señala lo peligroso que encierran las utopías de *la República* de Platon, puede decirse que eran en el teatro una continuacion de las asambleas populares del Phix. Su talento, sin embargo, no se detiene aquí. Ardiente admirador de las antiguas tradiciones de su patria, y con una potencia crítica que por sí sola bastaba á hacerle militar en las filas del partido opuesto al que disponia del poder, era natural que sintiese una aversion profunda hácia toda tendencia reformista. Por eso en *las Fiestas de Ceres y de Proserpina* y en *las Ranas*, azota sin compasion á Eurípides, como en *las Nubes* se ensaña contra la secta socrática. Pero donde Aristófanes se eleva á una gran altura, es en *Pluto* y en *las Aves*. En estas dos obras, descartado de sus enconos personales, desenvuelve una sátira mordaz y cruenta que abre dilatados horizontes al porvenir de la dramática.

Ahora bien, ¿es la comedia un progreso ó una decadencia en el arte? Si la tragedia tenia por mision excitar el asombro de los oyentes con el relato de hechos heroicos y predisponerlos á imitarlos, ¿la consecuencia obedecía al objeto? Puede contestarse que no, toda vez que las costumbres se relajaban en lugar de regenerarse. ¿Era mas feliz la comedia en resultados? Tampoco; pero á los efectos convencionales de la primera, que el auditorio no podía juzgar, tanto por no participar de ellos, cuanto por presentárselos en una forma que tanto difería de la expresion real de los suyos, la segunda oponía la ventaja de señalar el vicio por su nombre, de hacer hablar á sus personajes un lenguaje conocido de la multitud y de decirle á esta en vez de: « así deberias ser, así eres. » Esto, que algunos consideran como trabas, y que yo califico de dilatacion de la esfera artística, dificultando mas y mas el éxito, no hacia sino añadirle valor, y el arte no hay duda que se depuraba en proporcion á lo que el público aprendía, puesto que este, mas ilustrado, se constituía en juez de una causa con pleno conocimiento de ella. Nuestro poeta cómico hizo pensar al pueblo, que hasta entonces solo habia ido al teatro á sentir, y esto es ya un adelanto. Lo que Eurípides quiso realizar con disertaciones retóricas, y que tan críticamente fué por Aristófanes, este lo llevó á término arrancando carcajadas á los atenienses.

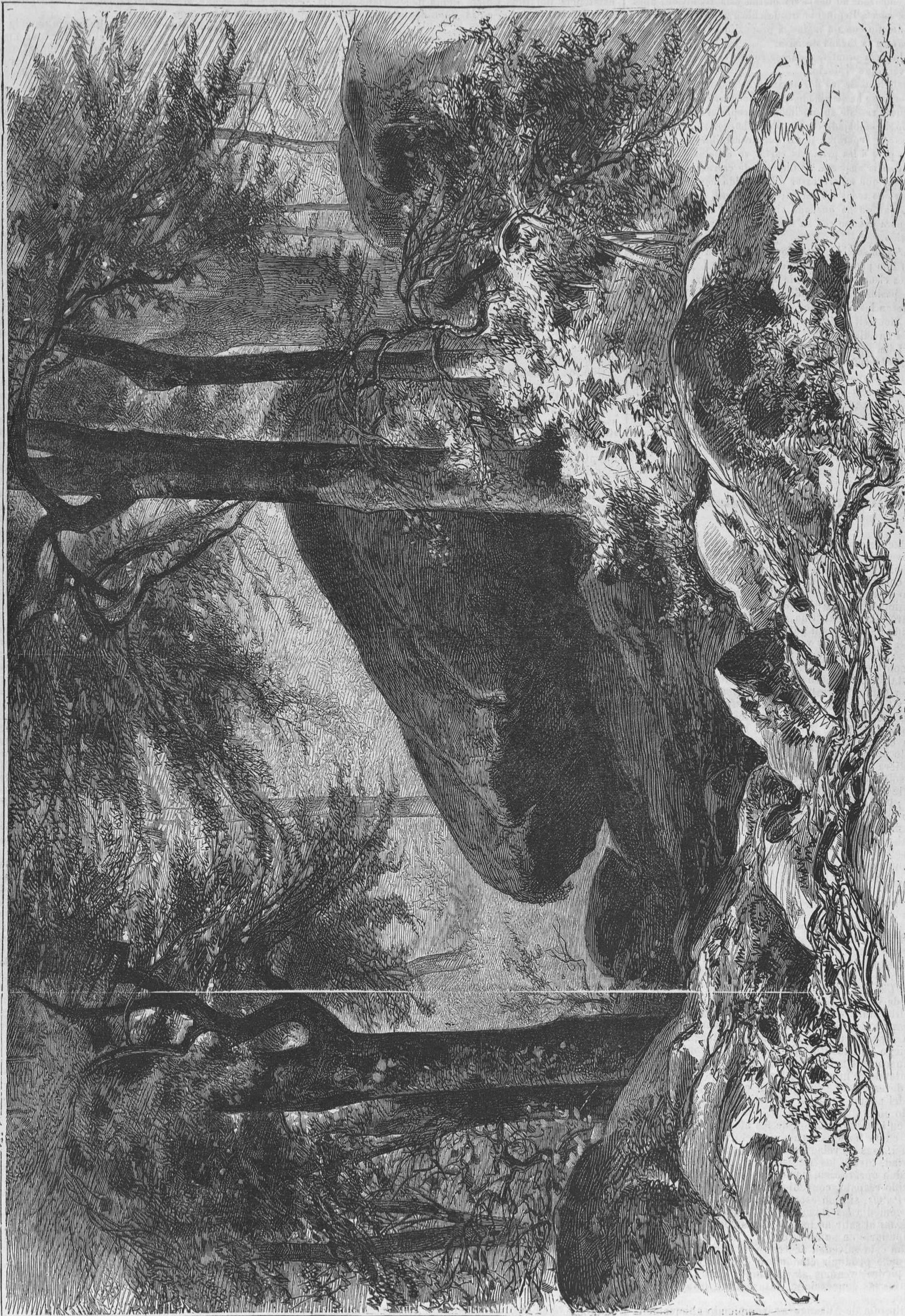
(Se continuará).

Una vista en la selva de Fontainebleau.

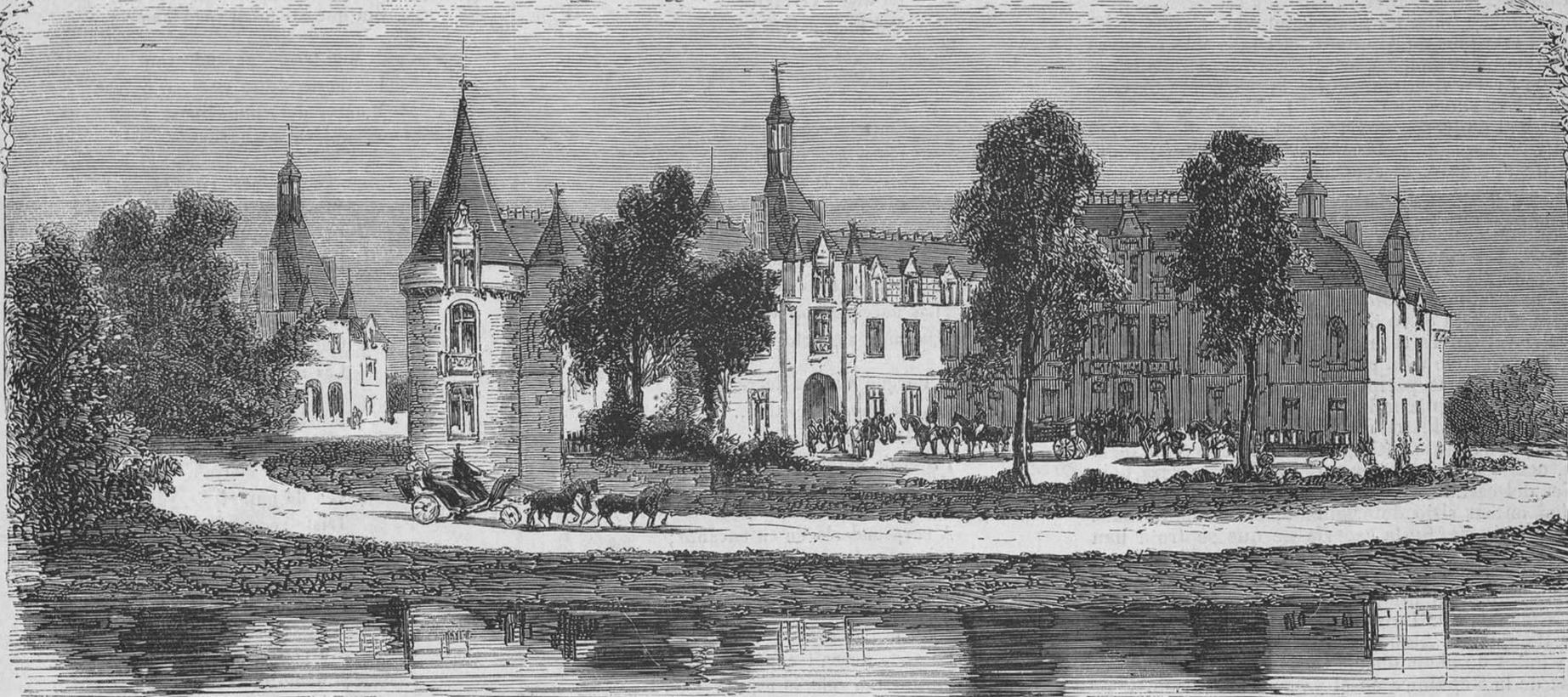
La vista que reproduce nuestro grabado ha sido hecha en la selva de Fontainebleau, donde abundan los sitios admirables y donde los artistas franceses encuentran siempre nuevos asuntos de estudio. Mas de una vez hemos dado alguno, y el que ofrecemos hoy no es menos digno de llamar la atencion que los precedentes. Se recomienda por su carácter de silvestre grandeza. Las yerbas, las grietas de las rocas, los musgos que las cubren, la forma de los troncos de los árboles, sus ramajes, todo está expresado con ese cuidado escrupuloso, esa sencillez y esa verdad que han hecho del autor M. Sauvageot uno de los mas hábiles paisistas de la escuela moderna.

L. C.





Una vista en la selva de Fontainebleau.



Cacería organizada por el duque de la Rochefoucauld-Bisaccia en el palacio de Eclimont, en honor de S. A. R. el príncipe de Gales.

Las fiestas de Eclimont.

M. de Larochevoucauld-Bisaccia acaba de recibir la visita del príncipe de Galles en su castillo de Eclimont. El agosto viajero llegó en un tren especial á Rambouillet, en donde le esperaban los carruajes del duque.

El castillo de Eclimont está situado á unos 20 kilómetros de Chartres y corresponde á la comuna de Gallardon, pequeña ciudad de 1,700 habitantes, construida sobre los confines de los departamentos del Sena y Oise y del Eure y Loira. La población se eleva en medio de una comarca cubierta de frondosos árboles, y para entrar en ella, hay que pasar por debajo de tres bóvedas de un antiguo castillo que defiende la entrada. Desde que se pasa por estos arcos se tiene enfrente el castillo rodeado de un gran estanque que se pasa por dos puentes con arcos de medio punto. En el centro de la fachada principal dos torreoncillos acompañan á una linterna, debajo del cual, en un arco abovedado sembrado de F, aparece la estatua ecuestre de Francisco de Larochevoucauld, que fué padrino de Francisco I, terminando con dos gruesas torres redondas que tienen la forma de garitas. El castillo de Eclimont es de una arquitectura algo pesada, pero no por eso su aspecto general es menos grandioso, que unido al magnífico parque que le rodea y al bosque de Gallardon que se extiende hasta las mismas puertas de la pequeña ciudad, le hacen realmente una residencia propia de príncipes.

El príncipe de Galles fué recibido á su llegada al castillo por madama de Larochevoucauld-Bisaccia y madama de Luynes, hija mayor del duque y de su primera mujer.

Por la noche hubo un gran banquete, al que asistieron el marqués de Aramont, el conde y la condesa de Archiac, el príncipe y la princesa de Arenberg, el conde de Breteuil, el marqués y la marquesa de Castellane, el marqués de Caumont La Force, el baron de Charette, el duque de Chartres, el duque de Croy, el duque y la duquesa de Doudeauville, el duque y la duquesa de Fezensac, el coronel Fiesdale, el conde de Hallez-Claparède, el marqués de Juigné, M. Knollys, el marqués de Lau, el conde de Oultremont, el príncipe de Polignac, el conde de Saint-Priest, el príncipe de Sagan, M. y madama Standish, el duque y la duquesa de la Tremoille y el duque y la duquesa de Uzès.

Al día siguiente hubo una partida de caza. Todos sabemos que esta clase de cacerías no se parecen en nada á la verdadera caza, que consiste en perseguir y matar por ejemplo á la perdiz ó al conejo, en medio de mil imprevistas peripecias, que es lo que constituye el verdadero placer del cazador. En estas cacerías, casi régias, sucede todo lo contrario, pues todo se prepara con bastante anticipación. Un número de ojeadores, mas ó menos numeroso, conduce la caza bajo los pies del cazador que la espera con la mayor tranquilidad en un sitio determinado, en donde no hace mas que fusilarla. En la cacería de que se trata han sido muertos 97 perdices, 196 faisanes, 21 liebres, 2 venados y 197 conejos.

El domingo siguiente el príncipe de Galles hizo una visita á madama de Luynes, en la magnífica residencia de Dampierre. Algunos días despues cazó en Chantilly, y antes de abandonar á Paris almorzó con el presidente de la República en el palacio del Eliseo.

L. P.

DELMIRA.

Leyenda original por el poeta chileno

MANUEL ANTONIO HURTADO,

ESCRITA PARA

EL CORREO DE ULTRAMAR.

(Conclusion.)

CUARTA PARTE.

Dos años eran pasados
Desde que en su devaneo,
En el altar de himeneo
Delmira á Marcos se unió;
Dos años que solo fueron
Placeres, risas, contento,
Amores, dicha sin cuento
Que ante sus ojos brilló.

No hubo suntuoso paseo,
Ni fiesta pasó ruidosa
En que Delmira, ostentosa

No mostrara su esplendor :
Ni hubo baile en que la bella
Presurosa no acudiera,
Entre todas la primera
Por su lujo seductor.

¡Oh! creyendo en su embeleso
En el placer de la vida,
Vió la realidad cumplida
De su fúlgida ilusion.
Ni receló de su encanto,
Ni el porvenir miró incierto,
El mundo fuéle un concierto
Que aturdió su corazon.

Mas ¡ay! ¡cuán breves en la vida pasan
Los deleites, la gloria y el contento!
¡Cuán ligero el amargo sentimiento
Puebla las horas de inquietud y afán!
De nada sirve recordar placeres
Que gozó el alma en bendecida hora
Si el corazon atormentado llora,
Si los dolores en el pecho están.

¿Qué tiene Delmira
Que triste suspira
Con ánsia letal?
¿Su pecho no siente
La dicha creciente
Del bien celestial?

¿Qué tiene la bella?
¿No brilla su estrella
Con claro fulgor?
¿Será que del alma
Perdida la calma
La hiere el dolor?

¿Es ilusion de sus ojos,
O es realidad lo que ve?
¡Las flores ya son abrojos!
¡Quimera su dicha fué!

Porque Marcos derrochó
En dos años su caudal,
Y á Delmira abandonó
Presa de dolor mortal.

¡Oh! ya el esposo no viene
A sorprenderla en su encanto;
Lejos de ella se entretiene
Sin consolarla en su llanto.

En pos de suave reposo
En vano busca ternura,
Porque tan solo su esposo
Aumenta mas su amargura.

Entonces la infeliz llora,
En su duro desconsuelo,
Presa de amargo desvelo
Que su existencia devora.

Entonces á su memoria
Viene el recuerdo fugaz
De dulces horas de paz,
De bellas horas de gloria.

Aquellas dichas sin hiel
Que gustaba en su delirio,
Hoy en revuelto tropel
Aumentan mas el martirio.

Aquellos tiernos halagos
Que gozó en la sociedad,
Hoy son ya recuerdos vagos
Que atristan mas su orfandad.

Tiende la vista al pasado
Y con horror se estremece,
Porque escuchar le parece
La voz de Osvaldo engañado.

¡Cuán amargo es su tormento
Al sentir bullir en su alma
El fatal remordimiento
Que le hace perder la calma!

Ella olvidó á su amador
Por unirse á un esposo

Que hoy le da en vez de reposo
Días de fiero dolor.

Ora gime, ora suspira,
Ora sueña mil placeres
Y olvida sus padeceres.
Porque su alma delira.

Siente música armoniosa
Que sus oídos regala,
Juzgándose venturosa
Entre perfumes y gala.

Se adormece en los primores
De fantásticas quimeras,
Y ve luces y ve flores
Que la encantan placenteras.

Contempla regios salones
Que á mil goces la convidan,
Sintiendo las ilusiones
Que los placeres anidan.

Mas, despierta de su sueño
Solo encuentra su orfandad,
Y mira su bien risueño
Tornado en cruel realidad.

Entonces mísera llora
Por aliviar sus rigores;
Entonces piedad implora
Sin que atiendan sus clamores.

Muy tristes pasando van
Las horas de su vivir,
Y en su dolorido afán
Así solía decir :

« ¡Cuántos rigores
Siento en un día!
¡La dicha mía
Del alma huyó!
Fueron mis glorias
Flores del prado
Que el sol airado
Las marchitó.

» ¡Todo fué engaño!
¡Mi alma está yerta!
¡Mi pena cierta
Veo do quier!
Triste recuerdo,
Fijo, incesante
Llanto abundante
Me hace verter.

» ¡Osvaldo! ¡Osvaldo!
¡Cuánto me amabas!
¡Tú atesorabas
Sublime amor!
¡Cuánto lloraste
Por mi desvío!...
¡El pecho mio
Te fué traidor!...

» Felices fueron,
Encantadoras,
Aquellas horas
Que yo pasé,
Cuando á mi lado,
Tu labio amante
Dijo anhelante,
Tu amor y fe.

» ¡Entre tú y Marcos
Qué diferencia!...
En la inclemencia
Me deja él...
Y tú sufriste
Por mis amores,
Fieros dolores
Y muerte cruel.

» ¡Oh! si yo al tiempo
Hacer pudiera
Que atrás volviera
En mi dolor,
Ante tus plantas
Me postraria,
Te rendiria
Eterno amor.

» ¡Ay!... ¡justo cielo!
 ¡Del desvarío
 Del pecho mio
 Ten compasión!
 ¡Negras memorias
 Atristan mi alma,
 No encuentra calma
 Mi corazón!

» ¡Los que en el alma
 Sintais ternura,
 Con pasión pura
 Amad, amad!
 Mirad la historia
 De mis amores
 Y mis dolores
 También mirad.

» Olvidé incanta
 Mi amor ardiente,
 Soñó la mente
 Gloria sin par :
 Pompa y placeres
 Busqué altanera,
 Y hoy por do quiera
 Hallo pesar.

» ¡Falta á mis ojos
 La luz del día!...
 ¡En mi agonía
 Muriendo voy!...
 ¡Oswaldo!... ¡Oswaldo!...
 ¿Do estás, bien mio?...
 ¡Oh desvarío!...
 ¡Yo loca estoy!... »

¡Ay de la vida los felices cuadros
 Que el alma crea en su ilusión ligera,
 Cuando soñando dicha verdadera
 Ostenta el mundo halago brillador!
 ¡Ay de la incauta y débil tortolilla
 Que alegre posa en el verjel florido,
 Y al verse amada de otro ser querido
 Pronto la hiere astuto cazador!

¡Oh! no hay dolor que compararse pueda
 Al intenso dolor que el alma siente
 Cuando caído el velo de la mente
 Hiere el engaño al yerto corazón;
 Cuando no asiste al pecho la esperanza
 Porque marchitas del amor las flores
 Las deshojan los vientos bramadores
 En continua y revuelta confusión.

¡Pobre Delmira! ¡esposa abandonada
 Que triste llora su placer perdido,
 Y en vano exhala fúnebre gemido
 Porque nadie consuelos le dará!
 El recuerdo fatal del triste Oswaldo
 Roerá eternamente su memoria,
 Y en vez de amores, de placer, de gloria
 El veneno á sus labios llevará.

¡Pobre Delmira! de su innoble esposo
 La Iglesia para siempre la apartó,
 Ya su vida buscando algún reposo
 A un convento sus pasos dirigió.

Allí la religion bálsamo suave
 En su espíritu supo derramar;
 De su pecho endulzó la pena grave,
 Mas, el pasado no logró olvidar.

Allí apagó su corazón ardiente
 La vehemencia de insana juventud;
 Su recuerdo infeliz dobló su frente
 Mostrándole en seguida el ataúd.

La imagen ¡ay! de Oswaldo moribundo
 Siempre miraba de su llanto en pos,
 Hasta que su alma abandonando el mundo
 Se elevó al trono del Eterno Dios.

FIN.

EXCURSION A LAS PAMPAS ARGENTINAS.

HOJAS DE MI DIARIO

POR FEDERICO LEYBOLD,

INDIVIDUO DE LA ACADEMIA CESÁREA ALEMANA LEOPOLDINO-CAROLINA
 DE NATURALISTAS Y MIEMBRO CORRESPONSAL DE VARIAS
 SOCIEDADES CIENTÍFICAS DE EUROPA Y AMÉRICA.

(Continuación.)

San Carlos, porque la denominación Fuerte de San Carlos es una licencia algo mas que poética, desde que ahora dos años entraron unos cuantos forajidos é indios, sin hallar ni el menor estorbo en este indefenso pueblo, para matar al comandante de la guarnición en su misma cama y llevar á sus hijas al mas inhumano cautiverio, es una aglomeración de casas, jardines y huertas, situada en las orillas de un arroyo de aguas cristalinas, que viene desde Aguanda en dirección al Sur, para vaciarse un poco mas abajo de Capi en el caudaloso Tunuyan.

Un par de pobrísimas tiendas y de cuartos titulados «salon de billar» forman el centro industrial de San Carlos. Despues de habernos proporcionado con alguna dificultad una provision de malisimas galletas, seguimos una interminable hilera doble de álamos, cuya calle intermedia sirve á veces tambien de cauce al arroyo, cuyas aguas han sido llevadas allí para fertilizar los pequeños campos y potreros de Chilecito.

En San Carlos vi una especie de loro, traído de la provincia de San Luis, bajo el nombre de *loro del palo*, y cuya descripción incluyo por parecerme nuevo, y no descrito hasta ahora.

«*Conurus glaucifrons*, Leybold.
 «*D. omnino lucide-viridis*; fronte ac gutture glauco; regione periophtalmica tantum nuda, cretaceo-lactea; remigibus viridibus, externe glaucescentibus; obscuris; reatricibus acutis viridibus; basim versus, interneque rubris, deinde flavescens. »
 «*Rostri maxilla superiore pallide-cornea; inferiore corneo-nigrescente.* »

He tenido de este loro macho y hembra en mi poder, y se distinguen los dos sexos solamente por una apenas perceptible diferencia en el tamaño.

El macho mide en longitud total. . . 0.28
 La cola. 0.11

« La hembra se me perdió, y no alcancé á medirla, » pero era un poco mas pequeña. Las plumitas de la frente, alrededor de los ojos, ó debajo de la barba son de un ligero color azulejo verde gris; la mancha desnuda, alrededor del ojo, es de un color albo casi crestáceo, que resalta bien sobre el iris de vivo color naranja. La nuca, el lomo, los escapularios y las cubiertas son de vivísimo color verdegai, el cual se extiende tambien por toda la parte inferior del cuerpo, con la diferencia de que en el estómago y abdómen el color no es tan fresco y vivo, sino mas bien pálido y amarillento.

« Las barbas exteriores de las remijas son de un verde azulejo algo mas oscuro. Las retrices de la aguzada cola tienen las barbas exteriores verdes; á veces un viso de amarillo claro en la punta; la parte basal de las retrices es de color amarillento, y mas arriba rojo, cuyo color se extiende en la barba del lado de adentro hasta muy cerca de 2 centímetros de la punta, la cual sin embargo es verde. La mandíbula superior de su fuerte y bien arqueado pico es de color carne, algo amarillento; mientras que la mandíbula inferior es de un pardo negruzco, de gris perla hácia su base. Sus patas rosadas, algo amarillentas, están provistas de uñas negruzcas. »

Un par de horas de galope nos llevaron á Aguanda. En ambos lados del camino hay habitaciones ocupadas las mas por industriales chilenos: de manera que no sin razon lleva toda esta larga calle el nombre de Chilecito.

En la estancia de Lo Aguirre, cuyas casas están inmediatas al pié de la cordillera, pasamos la noche. Llegamos como siempre acompañados por la lluvia, que azotaba el techo de la casa con furia hasta el amanecer.

18 DE FEBRERO.

Como el día 18 amaneció lloviendo reciamente, tuvimos que quedarnos prisioneros en esta estancia, cuyo propietario nos trató con amable hospitalidad.

En los momentos en que la lluvia cesaba un poco, á intervalos salía á recorrer los campos cubiertos de densa vegetación, que se elevan desde aquí insensiblemente hasta los primeros baluartes de la cordillera.

El carácter general de estos monótonos matorrales es con corta diferencia, el mismo del playal situado entre la cordillera del Portillo y Vistaflores. A las *Compuestas*, *Prosopis* y *Adesmias* de espinas y anzuelos agudos, se asocia una *Ephedra* de grandes dimensiones, cuya ramazon se eleva en forma de escobas á 3 y 4 metros, recordándome las *Casuarineas* de Australia.

Su fruto rosado es del tamaño de un garbanzo y globular; las escamas muy carnosas é hinchadas en forma de baya, dejan ver en su ápice la parte superior de los dos núculos negros que encierran.

Sin embargo, no creo que esta hermosa *Gnetacea* sea una especie diferente, sino solo una forma muy gigantesca de la *Ephedra Andina*, que ha encontrado en este terreno las condiciones mas favorables para su desarrollo.

Dentro de esos densísimos matorrales vive un sinnúmero de quirquinchos, tulducos, liebres, conejos, vizcachas y avestruces. Varias veces pude observar la liebre en pequeñas tropillas, pero sin que pudiera llegar á tiro.

El color, la forma, sus grandes y preciosos ojos de lustre negro azulejo; su cuerpo corto y compacto, elevado sobre sus cenceñas patas; y mas que todo su modo de andar á pasos mesurados como un pequeño ciervo, y el alejarse galopando como el venado chico de las selvas de Europa, le quita por completo toda semejanza con la liebre.

Estos animales de tipo tan original, se domestican con mucha facilidad, y se ponen sumamente afectuosos para con su dueño.

La hembra pare dentro de una honda cueva de una sola boca, un hijo, el cual no parece ser tan favorecido por la naturaleza en su juventud como las vizcachas; pues lo pasa algunos días escondido en la cueva, antes de acompañar á su madre en sus correrías por los arenales.

Su carne es buena; pero no creo que seria conveniente su aclimatación en otras tierras, porque las cuevas enormes que hacen, son una verdadera trampa para los jinetes y la destrucción que causan las liebres en los maizales y campos de trigo es considerable.

Aquí recogí al *Cavia asutralis*, y los millares de cuevas de este roedor, y de una *Ctenomys*, Tulduco, como denominan los habitantes á estos pequeños mineros, hacian penoso é incómodo el andar por esos terrenos arenosos, en los cuales el pié se hundía hasta el tobillo á cada pisada.

En estos matorrales pillé una preciosa víbora, la temida *Cenicienta*, replegada al pié de un arbusto sobre si misma en aparente inmovilidad estática, y esperando el paso de algun incauto individuo de aquellos abundantísimos roedores, para hincarle en el cuerpo, cual dardo mortífero, su venenoso diente.

No dudo un momento de que este *Bothrops* es nuevo, pues no le viene bien ninguna descripción hecha hasta ahora á esta serpiente. Se asemeja muchísimo en su exterior y aspecto general á la *Vipera ammodytes*, la cual he observado y cogido tantísimas veces en los rodados porfíricos del Tridentino en el Tirol, y en las faldas calcáreas de Rovéredo y las Euganeas.

Una prolongación vertical de la punta del hocico le da el mismo aspecto estrambótico y feroz á la vez, que caracteriza á aquella *vipera* de la Europa meridional, y los colores son casi idénticos.

Mas aquella serpiente es una verdadera *vipera*, y este nuevo animal es un *Bothrops*, propio á América; y los colores de la *vipera ammodytes* son en general de un lustroso gris perla plateado con visos rosados y dibujos de chocolate oscuro, con toda la cola de un color bermejo azarcon.

Para comprobar mejor los caracteres de esta nueva é interesante serpiente de Sud América, doy su descripción:

«*Bothrops ammodytoides*, Leybold.
 «*B. capite triangulari-elongato, complanato; nasus* »
 «*ápice verticaliter protrudente, et retrorse incurvato;* »
 «*peltis super ciliaribus rugosis; caudae extremo acuminatae apendice corneo munito, verticaliter incurvo.* »
 «*Supra cinereus, maculis magnis irregularibus fuscescentibus marmoratus; subtus albescens, maculis* »
 «*minimis nigrescentibus passim adpersus.* »

Longitud total. 0.750
 — de cabeza. 0.030
 Ancho de cabeza en su basis. 0.026
 Apertura total de boca. . . 0.060
 Altura vertical de cabeza. . . 0.015
 Longitud de la cola. 0.070
 — del apéndice. »
 Córneo de la cola. 0.008

« Este *Bothrops* tiene desde el pescuezo hasta el » ano 160 escamas transversales; y además hasta la » punta córnea 30 escamas anales dobles.

« Su color general es ceniciento; detrás de la punta del hocico, que se eleva como un cuerno encorvado hácia atrás, encuéntrase una mancha oscura » brunea, casi como una estrella de tres brazos obtusados; luego despues le siguen tres ó cuatro manchas irregulares, á las cuales se les junta á cada » lado mirando hácia los ángulos de las quijadas, una » mancha larga elíptica. La base de la cabeza en donde » principia la nuca, está adornada de otra mancha en » forma de semi-luna, cuya convexa excisión muestra » el punto de inserción de las primeras vértebras. » Ambos labios son blanquizcos; pero el labio superior lleva una ancha faja oscura, que se extiende » desde las fosas nasales, encerrando el ojo hasta el » fin de la quijada.

(Se continuará.)





LAS ÚLTIMAS CARRERAS DE OTOÑO.

— ¡Magnífico caballo!
 — ¡Soberbio! Ha roto las costillas á tres jockeys.
 — Sí; pero me ha ganado quinientos luises.



LA COMEDIA DE SALON.

— Me parece que llevo un traje muy sencillo.
 — Seguramente; sin embargo, llevais tambien muchos brillantes y brazaletes, lo que es impropio para representar un papel de doncella.



VIAJE Á ITALIA.

M. Thiers presentado á un personaje antiguo llamado Ciceron: « Querido colega, dice Ciceron, sigue mi ejemplo, no salgas de orador. »



VIAJE Á ITALIA.

¡Brillante acogida! M. Thiers es recibido como un hijo de la casa.



CUESTION FAURE-HALANZIER.

M. Faure, presidente de los barítonos, declara que si su empresario M. Halanzier no se arroja á sus piés, dará su dimision. La Francia se arreglará como pueda. El empresario lo hace todo por conservar al barítono.



LA NUEVA OPERETA DE OFFENBACH.

El autor del libretto M. Millaud y el compositor M. Offenbach presentan al público *Madame l'Archiduc*, en los Bufos parisienses.



AUMENTO DE PRECIOS EN EL MERCADO.

Las cocineras protestan contra el precio de la manteca, porque la sisa se hace imposible.

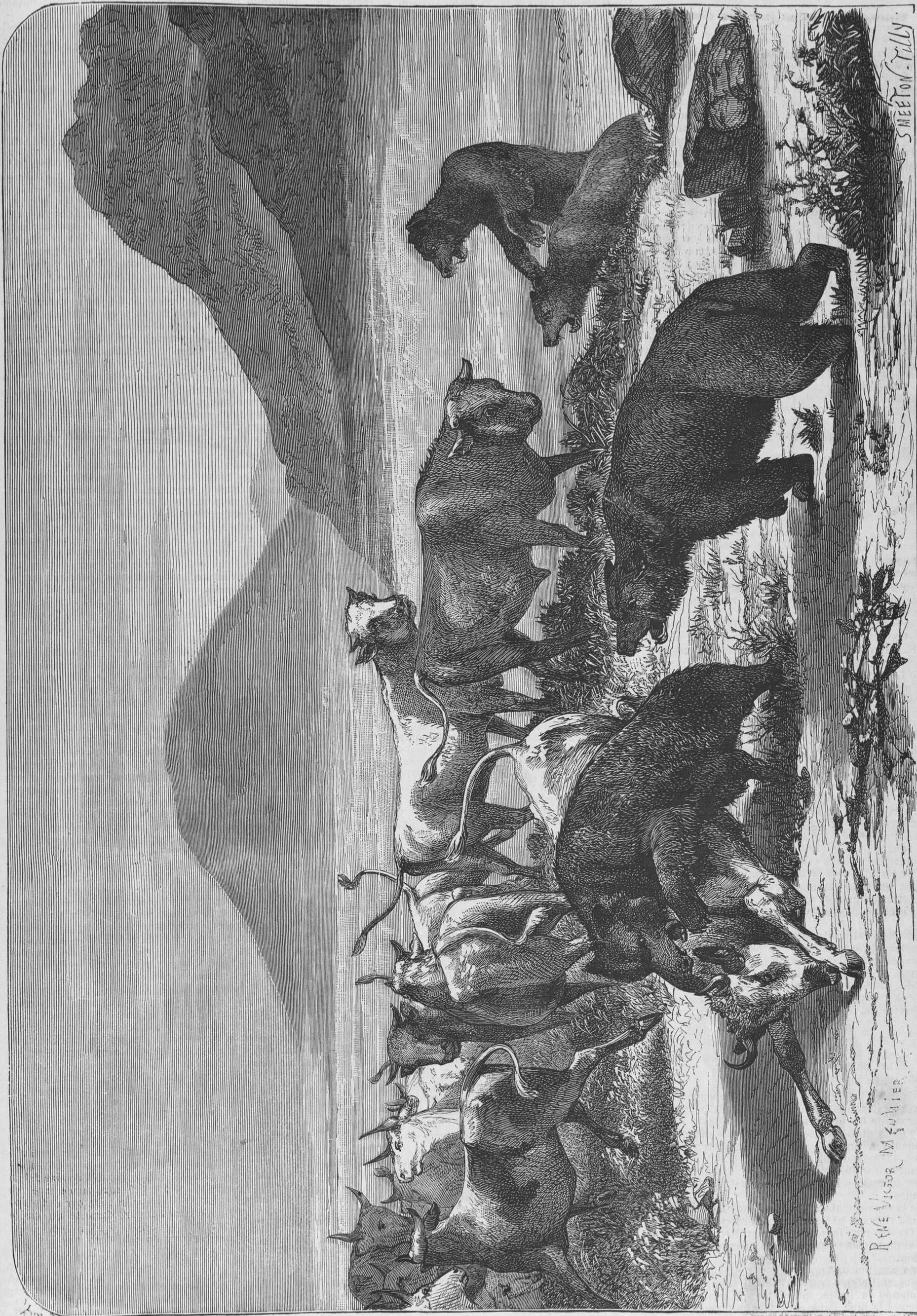


RECONCILIACION.

El barítono satisfecho abraza al empresario. La Francia se da por satisfecha.

LOS DELEGADOS DE LOS FAISANES Y LAS LIEBRES.

Piden al gobierno que no convide tan á menudo á los principes extranjeros, pues para cada convite se hace un degüello deplorable de conejos, perdices, faisanes y liebres.



SMEETON. TILLY

RENE VICTOR M. FULVIER

Bueyes atacados por los osos en el Delfinado.

Bueyes atacados por los osos.

El hambre, dice un proverbio francés, obliga al lobo á salir del bosque. Esta misma necesidad fuerza al oso á dejar sus guaridas de los Pirineos y de los Alpes.

A la entrada del invierno, cuando á este temible animal le faltan las provisiones, abandona las montañas y los sombríos bosques en donde vive oculto en el interior de una caverna, y se arriesga á descender á los valles. ¡Desgraciados los rebaños que en aquel momento encuentre á su paso, porque aguijoneados por el hambre, el temible plantigrado cambia por necesidad de costumbres y no se desdena entonces en mantenerse de carne! Los habitantes del Delfinado y de la alta Provenza saben por desgracia los temibles estragos que les causan en sus gordos corderos ó en sus mas hermosos bueyes, como acaba de suceder hace pocos dias á orillas del Jabron, en una de las pequeñas llanuras de las montañas del Lure. Algunos osos hambrientos se echaron de repente sobre los bueyes que pastaban en un pequeño prado, consiguiendo devorar á los que menos ligeros no pudieron buscar su salvacion en la fuga.

Estos ataques son tan repetidos, que causan á los habitantes del pais pérdidas de mucha consideracion, pues si bien salen con mucha frecuencia á caza de tan temibles animales, las bajas que les causan se ven muy en breve reemplazadas.

C. P.

BOLETIN

DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

UN AEROLITO.

M. Martin de Brettes observó en Versalles en la noche del 27 de julio, á las ocho y 50 minutos, un aerolito cuyo diámetro aparente era casi igual á la cuarta parte del de la luna, aunque con un resplandor mucho menor.

Este aerolito apareció hácia la constelacion de *Virgo*; su trayectoria, muy horizontal, seguia la direccion SE. NO. y tenia de longitud aparente 15 grados, invirtiendo en su trayecto de tres á cuatro segundos.

M. de Lecourgeon observó tambien en Tolosa, en la misma noche del 27 de julio, á las ocho y 15 minutos, un aerolito dentro de los limites del horizonte NO., que se elevaba y avanzaba con gran rapidez hácia el SE., tomando á cada momento proporciones considerables y siguiendo casi siempre la linea de la eclíptica, aunque en sentido inverso al movimiento aparente del sol.

El aerolito se componia, como los cometas, de una cabeza ó núcleo, tenia un bonito color amarillo, y su grueso seria como la cuarta parte de la luna, y de una cola de 12 á 15 grados, que tenia una anchura proporcionada de 4 á 5 grados de un encarnado fuerte, sembrando sobre su trayecto pequeñas chispas, que se apagaban muy lentamente.

Este aerolito seguia exactamente la linea del NE. al SE., se elevaba 60 á 65 grados sobre el horizonte, marchaba con gran rapidez, pues recorrió en un minuto y treinta segundos el espacio que ya hemos indicado entre los dos puntos extremos de nuestro horizonte.

Cuando llegó al punto mas culminante de su carrera (65 grados próximamente), se parecia á un globo de fuego, cuyo resplandor era igual, si no excedia al de la luna. Al marchar hácia el horizonte por la parte del SE., que lo formaba el mar, perdió poco á poco su brillo, desapareciendo á los 12 ó 15 grados sobre el horizonte.

* * *

LOS PRONÓSTICOS SOBRE EL TIEMPO.

Si existe un astro sobre el cual las preocupaciones populares se hayan mantenido con extraña persistencia, á pesar de los progresos realizados en la astronomía y de la difusion que ha tenido esta ciencia, es seguramente la luna, el satélite que tan cerca está de nosotros, cuyos movimientos se hallan tan unidos á los de nuestro globo, y cuya influencia sobre los fenómenos terrestres han podido ser estudiados y determinados.

Desde la mas remota antigüedad se ha creído que existe una relacion necesaria entre el tiempo que reina con las diversas fases de la luna. Recordemos en pocas palabras cómo se manifiesta siempre esta preocupacion.

Cuando hace un tiempo seco, cree generalmente el vulgo que el tiempo cambiará en el primer cuarto, sobreviniendo la lluvia. Si el tiempo continúa seco, entonces la luna llena será la que traerá las lluvias predichas; pero si la sequia continúa en la luna

nueva, no por eso la confianza del público disminuirá, y si alguna vez vacila, la preocupacion se restablece con mas insistencia que nunca cuando aparecen las lluvias.

Para que esta confianza fuera fundada, seria preciso que durante muchos años se observara á cada fase lunar el tiempo que hace, y en ciertos dias los cambios de tiempo que hubieran sobrevenido, para comparar despues estas observaciones y poder comprobar de esta manera si los cambios de tiempo tienen alguna relacion con las fases lunares. Así que vemos despues de los estudios y observaciones hechas en el observatorio de Paris, M. Arago consignó en su notable *Anuario de la oficina de Longitudes*, de 1834, que en el estado en que la ciencia se encontraba no era posible anunciar con antelacion el tiempo que haria. Ahora falta averiguar si la fisica y la astronomía han introducido tales progresos en la meteorología, que deba considerarse como invalidada tan respetable opinion.

El silencio que sobre este punto guardan la oficina de Longitudes y el Instituto autorizan á suponerlo así. El hecho es que los únicos progresos que hasta ahora se han realizado, consisten en que puestas de acuerdo ciertas estaciones telegráficas, se puede seguir la direccion que lleva una tempestad, y señalar con un dia ó dos de antelacion su llegada á ciertos puntos, á fin de poder conjurar, en cuanto sea posible, los desastres que generalmente acarrearán. El almirante inglés Roze ha llegado á tener con este motivo cierta celebridad por haber organizado de tal manera sus comunicaciones con las estaciones telegráficas del extranjero, que ha podido advertir á los puertos de Inglaterra la aparicion de una tempestad doce ó veinte y cuatro horas antes que pudiera llegar á los otros puertos de Europa. Con estas comunicaciones telegráficas se puede comprobar además el estado metereológico de una parte del globo, y señalar hasta cierto punto el tiempo que hará el dia siguiente ó á los dos dias en tal ó cual comarca.

Estos son los únicos pronósticos de tiempo que ofrecen hoy mas seguridad. Las razones que vamos á exponer prueban que no puede aducirse ninguna de las diferentes fases que presenta la luna, es decir, de las diversas posiciones relativas que toma la tierra, la luna y el sol, ni de los efectos regularmente variables de la atraccion que estos astros ejercen los unos sobre los otros.

Estos efectos, sobre los cuales vamos á echar una rápida ojeada, consisten en los movimientos que se operan en las aguas del Océano ó en la atmósfera, movimientos que se extienden sobre extensos espacios que convergen hácia las extremidades de un diámetro, que será la prolongacion, pasando por el centro de la tierra, del resultante de las dos atracciones lunar y solar, y que guardan una relacion la primera con esta, de tres á uno.

Debemos hacer observar que estos movimientos corresponden á una cuarta parte de círculo de las depresiones que concurren con estos á producir corrientes en la atmósfera y en el Océano. Solo hablaremos de los movimientos, haciendo completa abstraccion de las depresiones cuyos efectos son concomitantes. Desde luego debemos hacer una observacion. A primera vista parece que estando determinadas por una misma causa las mareas del Océano y de la atmósfera, deberian obrar de la misma manera; que por consiguiente, si se puede calcular y pronosticar con exactitud hasta fijar las fechas, por lejanas que fueran, las horas y la altura á que deben llegar las mareas del Océano en todo el globo, y teniendo presente las modificaciones que pudieran sufrir por la velocidad y la direccion de las corrientes marinas, efectos análogos deberian producirse en la atmósfera, es decir, que dada una cierta posicion relativa de los tres astros, deberia fijarse qué corrientes de aire podrian determinarse en la atmósfera, y por consiguiente qué tiempo podria sobrevenir, si lluvia ó buen tiempo, ó si un aire fresco ó caliente, dependiendo el de cada comarca de las corrientes que en ellas se estableciesen. Pero si bien es verdad que la misma causa produce los movimientos del Océano y los de la atmósfera, esta analogía no existe en los efectos operados sobre el uno y el otro fluido, porque muchas veces causas secundarias vienen á obrar con gran fuerza sobre la atmósfera, causando una perturbacion mas ó menos profunda en el movimiento hácia el punto en que se ve solicitada por la atraccion combinada de la luna y del sol, mientras que esas mismas causas no ejercen sino una accion muy débil ó casi nula sobre las aguas del Océano.

La accion que ejercen estas causas secundarias, es para los unos regularmente variables, y para los otros muy irregulares como direccion, período é intensidad, y que tienen por efecto modificar mas ó menos el movimiento de las capas de aire hácia el punto en que está solicitada por la atraccion combinada de la luna y del sol.

Antes de pasar mas adelante recordaremos que existe una gran diferencia entre la densidad del agua y la del aire, particularmente del aire tomado á cierta altura:

1º Porque la altura de las mareas atmosféricas comparadas con las del Océano deben estar en razon de la diferencia de densidad y de fluido que existe entre el aire y el agua, y que por consiguiente las primeras llegan aun mas allá del espacio en que circulan las nubes.

2º Porque una cierta accion no puede producir

ningun efecto sensible sobre las aguas del Océano, pudiendo por el contrario operar otra muy notable sobre la atmósfera.

Tratemos ahora de las fuerzas que tienden á modificar con regularidad los efectos que ejerce la atraccion lunar y solar, y las que sin ejercer una accion muy sensible sobre las mareas del Océano, vienen repentinamente y sin un período fijo, á ejercer violentas y profundas perturbaciones sobre las mareas atmosféricas, particularmente en las capas por donde circulan las naves.

Entre las primeras citaremos la atraccion que ejercen los planetas de nuestro sistema solar, y mas particularmente los que se hallan muy próximos á nosotros. Si se quisiera combinar con la atraccion lunar y solar los componentes que representan la accion de estos planetas, el resultante se confundiria sensiblemente para el Océano con la atraccion de la luna y del sol. Ahora se nos ocurre preguntar: ¿Sucedirá lo mismo en la atmósfera? ¿Se podrán despreciar estos componentes como se hace en cuantos casos el error es infinitamente pequeño? Casi se podria asegurar que aquí hay un elemento que debe tenerse en cuenta para calcular con alguna precision cómo se realiza cada una de estas mareas atmosféricas, y qué corrientes de aire deben resultar de ellas: condiciones todas que podrian servir para pronosticar el tiempo.

Otra causa que puede modificar las mareas atmosféricas, regularmente variables tambien en razon á la posicion del sol sobre la eclíptica, proviene de dos corrientes de aire, á saber: la superior que marcha del ecuador al polo, y la inferior que marcha del polo al ecuador. Estas dos corrientes deben afectar bastante el movimiento de las mareas atmosféricas para variar notablemente la cima que le señala la atraccion lunar y solar.

Igual observacion debemos hacer respecto á los vientos alisios, que consisten, así para la corriente superior como la inferior, en la diferencia de velocidad, que es mayor el primero y menor el segundo, que existe entre el movimiento de rotacion del aire, pasando de un paralelo al paralelo mas próximo, y del que tiende á dirigirse bajo el último paralelo.

Es evidente que las fuerzas que acabamos de citar no habrán dejado de ejercer su accion sobre las mareas atmosféricas; que la cima de estas no se dirigirá mas hácia el punto del espacio en donde se verá llamada por la única atraccion lunar y solar; que es conveniente, pues, determinar el resultante de todas estas diversas acciones para deducir de ellas las corrientes de aire que se establecerán; y que la falta de estudios hechos con este objeto hace que todo pronóstico de tiempo carezca de fundamento.

Pero nuestra atmósfera no sufre solamente la accion combinada y regularmente variable de la luna, del sol, de los planetas, de las dos grandes corrientes que reinan en los dos hemisferios y de los vientos alisios, sino que hay otras influencias que sin estar sujetas á un período fijo vienen de repente á agitar violentamente y á turbar la regularidad con la cual el movimiento de sus mareas tiende á determinarse, si solo fuera el resultante de las diversas fuerzas de que acabamos de hablar. Estas influencias esencialmente perturbadoras son los fenómenos eléctricos, causa primera de todas las variaciones de la presion atmosférica y de todos los movimientos accidentales muy variados y con mucha frecuencia mas ó menos violentos que tienen lugar en las altas regiones atmosféricas, tales como las tempestades, los huracanes y las trombas.

Todavía hay otras influencias que vienen á alterar el resultante de las dos atracciones lunar y solar sobre nuestra atmósfera, como por ejemplo, la gran corriente magnética que produce las auroras boreales, cuya accion llega hasta mas allá de la atmósfera. La influencia de que acabamos de hablar es suficiente para probar que este resultante está sin cesar modificado por fuerzas que se producen repentinamente, sin períodos fijos, y que varian hasta lo infinito en número, en direccion y en intensidad.

Además debemos hacer observar que las tempestades, los huracanes ó las trombas alteran mas ó menos, segun reine el viento de mar ó de tierra.

Estos fenómenos metereológicos no ejercen su accion sino en la superficie de las aguas, mientras que obran sobre la masa misma de la atmósfera, en el seno de la cual se han formado. De aquí se sigue que si bien los fenómenos metereológicos afectan poco en las horas y en las alturas teóricas de las mareas del Océano, causan sin embargo una perturbacion tan profunda, en las mareas atmosféricas, que es imposible deducir de ellas las corrientes de aire que se establecerán, y por consiguiente el tiempo que hará.

Terminaremos con una observacion. Si fuera suficiente comprobar la posicion relativa de los tres astros para deducir de ella qué corrientes de aire deben reinar, y por consiguiente qué tiempo puede hacer en tal ó cual parte del globo, se podria indicar el tiempo que haria en todo un mes lunar, durante un cierto número de lunas.

Tal vez se podria alegar en este caso que las mismas causas producen los mismos efectos. « Si tal dia de tal luna y de tal año hacia tal tiempo, este mismo tiempo deberá hacer en tal dia y en tal luna, porque los tres astros se encontrarán en las mismas posiciones relativas. »

La prediccion deberia ser por consiguiente infalible, y sin embargo la experiencia ha demostrado des-

de hace mucho tiempo que semejantes deducciones carecen de fundamento.

De las consideraciones que preceden debe deducirse, sin temor de cometer un error, que en el estado á que han llegado los conocimientos humanos, es imposible pronosticar el tiempo que hará en una época lejana. Así vemos cómo los inteligentes redactores del *Anuario de la oficina de Longitudes* se abstienen prudentemente de hacer esta clase de pronósticos. Solo los artifices de calendarios, dotados sin duda de una doble vista, no son sóbrios en esta clase de pronósticos, ofreciendo al crédulo lector todo lo que pueda desear, aunque después el tiempo venga á probar cuán engañosas son las predicciones.

R. D'E.

* * *

POBLACION DEL MUNDO.

El departamento de estadística de Washington acaba de publicar un interesante estado de la población del globo. La cifra total es de un millar de ciento, trescientos noventa y un millones, treinta y dos mil personas. El Asia, la mas poblada de las cinco partes del mundo, contiene 798 millones de habitantes; Europa, 300 1/2; Africa, 203; América, 84 1/2; Australia y Polinesia, 4 1/2; Rusia tiene 71 millones de habitantes; el imperio alemán, 41; Francia, 36; Austria y Hungría, 36; la Gran Bretaña é Irlanda, 32; Italia, cerca de 27; España, 17; Turquía, 5. La población de los otros países de Europa no llega á cinco millones. En Indostan, 240; el Japon, 33; Australia tiene habitantes 1.674,500, y las islas de Polinesia 2.763,500. En Africa, el Egipto tiene 8 1/2 millones de habitantes, y Marruecos 6. En América las dos terceras partes de la población están al Norte del istmo. Los Estados Unidos tienen cerca de 39 millones de habitantes; Méjico, algo mas de 9, y las provincias Británicas cerca de 4. La población total de la América del Norte es de cerca de 52 millones, y la de la América del Sur de 26 1/2, comprendiendo el Brasil, que cuenta 10. Londres, que tiene 3.254,260 habitantes, es la ciudad mas poblada del mundo; Filadelfia es, bajo el punto de vista de la población calculada en 1870, la décima octava ciudad del mundo.

Hé aquí la serie de estas 18 ciudades: Londres, 3.254,260 habitantes; Sutchan (China), 2.000,000; Paris, 1.851,792; Pekin, 1.300,000; Tschantschan-fu, 1.000,000; Siangtan, 1.000,000; Singnan-fu, 1.000,000; Canton, 1.000,000; Nueva York, 942,292; Tientsin, 900,000; Viena, 834,284; Berlin, 826,344; Hangkan, 800,000; Tschingtu-fu, 800,000; Calcutta, 794,645; Tokio (Yeddo), 674,447; Filadelfia, 674,022. Vienen en seguida: San Petersburgo, 667,963; Bombay, 644,405; Moscú, 611,970; Constantinopla, 600,000; Glasgow, 547,538; Liverpool, 493,405; Nápoles, 447,065; Manchester, 401,321; Liverpool, 375,955; Glasgow, 329,096; Lyon, 418,803; Madrid, 298,426.

La cifra correspondiente á Madrid se refiere á 1860, fecha del último censo oficial; hoy pasa algo de 315,000 habitantes. De todos modos, ocupa el número 30, en orden de mayor á menor, de las ciudades del mundo.

EL ÚLTIMO DUENDE,

Novela original inédita

ESCRITA PARA

EL CORREO DE ULTRAMAR,

POR

JULIO NOMBELA.

(Continuacion).

XVIII.

LO QUE UNOS LLAMAN ESTRATAGEMA Y EN RESUMIDAS CUENTAS ES UNA INFAMIA.

Quince días después resonaba por Madrid la lúgubre campanilla que anunciaba entonces, y aun todavía anuncia, que va á ser ejecutado un reo.

En aquella ocasión se mezclaba con la piedad, ese instinto del ser humano que le obliga á reírse de lo que debía compadecer.

El reo era un jorobado: era *chepa-baja*.

Por aquellos tiempos no solían pasarse muchos meses, sin que Madrid tuviera en perspectiva el espectáculo del patíbulo.

Como hoy, pero con mas entusiasmo, con mas fiebre que hoy, acudía el pueblo á la plaza de la Cebada.

Las madres llevaban á sus hijos y les daban el consabido cachete en el momento de la ejecución, para

que recordasen con dolor lo que habían visto y huyesen del peligro de hallarse algun día zarandeándose en el aire pendientes de una cuerda.

Los vendedores ambulantes hacían su agosto, las viejas lloraban y rezaban, la muchedumbre recibía y daba empujones, se cambiaban frases, pintorescas siempre, se zurcian riñas, y en una palabra, el pueblo tenía un día de fiesta mas.

En aquella ocasión, el reo inspiraba doble interés. Ver á un jorobado balanceándose en el aire era un espectáculo poco comun.

— Esta vez sí que va á tener virtud la cuerda del ahorcado.

— ¿Por qué, madre Serafina?

— Ya ves, hija, un ahorcado y contrahecho..... dos suertes nada menos.

El pueblo de Madrid se regodeaba con la idea de ver dibujarse en el aire pendiente de la cuerda, la desgraciada figura de un hombre contrahecho.

Dos cómplices suyos debían presenciar la ejecución.

Aunque el lector adivina la causa que llevó al patíbulo á Andrés Sobejano, bueno es que sepa los pormenores.

Valenzuela refirió á la camarista la conspiración que había descubierto.

Con esta revelación tenía un medio de demostrar su lealtad á la reina; pero al mismo tiempo, para pagar desdeñados por desdeñados, pidió y suplicó á la camarista que ocultase á la reina que era él el que tan inmenso favor le dispensaba.

Claro está que la camarista lo primero que hizo fué referir á la reina lo que Valenzuela acababa de decirle; pero á su vez la reina, jugando con fuego, hizo que doña Elena aparentase á Valenzuela que había realizado sus deseos.

El corregidor fué llamado, y como el que desempeñaba á la sazón este cargo era un poco mas diestro y mas astuto que el que algun tiempo antes había preso á Fernando, con las mas leves indicaciones de este, comprendió lo que pasaba, y de acuerdo con él trazó el plan.

Valenzuela acudió el día señalado á las gradas de San Felipe.

El jorobado fué tambien.

— ¿Contáis con el dinero? le preguntó.

— Sí, dijo Valenzuela. ¿Me traéis las listas?

— Esta noche las llevarán.

— ¿Dónde nos vemos?

— En el mismo sitio.

— De ningún modo. Recelo que nos tiendan una emboscada.

— No lo creáis.

— Habrá que despistar á la justicia.

— Si os empeñáis en ello... A las oraciones estaré delante del Buensuceso. Esta tarde buscaré un paraje seguro y vendré á encontraros para que vayamos á él.

— Perfectamente. Os espero en la esquina de la calle de Alcalá.

Sobejano acudió con igual exactitud á la segunda cita.

— Ya están convocados los amigos, dijo á Valenzuela.

— ¿En paraje seguro?

— Segurísimo. Figuraos que es en...

— No me lo digáis: no quiero saberlo. Guíadme vos.

— En marcha.

Los dos se dirigieron hácia el barrio de Lavapiés, y Valenzuela no cesó de hablar durante el camino entreteniendo con su conversacion al jorobado.

Sin que este lo notara iba á cierta distancia una persona siguiéndoles.

Al fin llegaron á una casa cerca de la salitrería. Penetraron en ella y poco después llegaron todos los conjurados.

El que los había seguido, partió precipitadamente á la cárcel de Corte, donde esperaba el corregidor.

En menos de un cuarto de hora mas de veinte alguaciles llegaron á los alrededores de la casa en donde estaban los conjurados y la rodearon.

Leyendo estaban las listas de los que debían contribuir á la asonada, cuando oyeron un aldabonazo en la puerta:

«Abrid á la justicia, gritó el corregidor.»

— Estamos perdidos, dijo Valenzuela. Veo que me habeis tendido un lazo y lo pagareis caro.

Inmediatamente desenvainó su espada.

— Yo me abriré paso, prosiguió, pero antes os castigaré, porque sin duda alguna vosotros sois los que habeis traído á la justicia.

Apenas le oyeron los conjurados, cada cual buscó un sitio donde meterse, y Valenzuela, jurando y perjurando llegó hasta la puerta de la calle y la abrió.

El corregidor, que ya sabía de antemano quién debería franquearle la entrada,

— Arriba, muchachos, dijo á los alguaciles, yo me quedo con este, y figuró que sujetaba á Valenzuela.

Poco después comenzó á gritar pidiendo auxilio. Cuando bajaron algunos alguaciles á socorrerlo:

— Se me ha escapado ese tunante, exclamó.

— ¿Le perseguimos? dijeron los alguales.

— No, poco importa que se pierda uno, cojamos á los otros.

Gracias á esta estratagemá pudo librarse Valenzuela, y Sobejano, con dos mas, quedaron en poder de la justicia. Los otros se escaparon por el tejado, y uno de ellos fué hallado muerto al día siguiente en una calle que había detrás de la casa, porque con la precipitación no vió donde ponía los piés y cayó al suelo.

La justicia encontró las listas y convictos los reos, aunque no confesos, después de pasar unos días en la cárcel, fueron condenados, á la horca, Andrés Sobejano, por instigador, y á reclusion perpetua después de asistir á la ejecución, los dos que fueron cogidos con él, y esto porque no constaban en las listas.

Reo de lesa majestad, Andrés Sobejano no tuvo mas remedio que ir al palo; pero fué tan honrado, tan leal, que aunque le preguntaron muchas veces quiénes habían sido sus cómplices, lo ocultó hasta el último extremo.

Por regla general esos seres imperfectos suelen tener gran corazón. Cuando son víctimas del mundo, sus poderosas facultades intelectuales les sirven para hacer daño: cuando pueden sobreponerse á las injurias de que son víctimas, les sirven para hacer bien.

El pobre jorobado pereció en el patíbulo sin delatar sus cómplices.

Al día siguiente de la ejecución recibió Valenzuela un pliego de parte del confesor de la reina:

«Habeis prestado un gran servicio á Su Majestad, le decía, y para que os acordeis siempre del día en que habeis librado á España de una calamidad y una deshonra, os envío en nombre de Su Majestad, el título de Castilla de que os ha hecho merced.»

Desdobló Valenzuela un magnífico pergamino que había dentro del pliego, y vió que le nombraba marqués de San Bartolomé.

El día de este santo, fué, en efecto, cuando la justicia se apoderó de los conspiradores.

Trató, como era natural, de ver á la reina para darle las gracias por aquella merced. Su tentativa fué inútil.

— Su Majestad la reina, le dijo un día la camarista, sabe pagar á los que le sirven, pero por mas que hago, no puedo conseguir que os vea, que os perdone.

Como entonces á los títulos acompañaban donaciones importantes, se halló Valenzuela poseedor de cuantiosos bienes en Castilla y de una casa en Madrid, situada cerca del palacio del duque de Alba, muy próxima á la plazuela de Afligidos, y entonces aislada ó poco menos y separada de palacio por la montaña, conocida mas tarde con el nombre de Príncipe Pio.

La casa había sido del real patrimonio, y era muy espaciosa y bien acondicionada.

— Pues, señor, aunque me cuesta caro el marquesado, fuerza es aprovecharle. Yo he deseado siempre ser un poeta aplaudido: mi destino quiere que sea un hombre de Estado. Adelante.

A los pocos días tomó posesion de su casa; la amuebló con verdadero lujo, y recordando que por su familia podía aspirar al hábito de Santiago, hizo las gestiones para entrar en tan insigne orden.

Una mano misteriosa vencía todos los obstáculos que se oponían á sus designios.

Hechas las pruebas que entonces, como ahora, se exigían, obtuvo el hábito de caballero de Santiago, y se encontró cuando menos podía imaginarlo, convertido en un verdadero personaje.

De tal manera se apoderó el orgullo de su alma, que al ver que la nobleza se mostraba un tanto indiferente con él, procuró aislarse, y sintió con mas fuerza que nunca el deseo de apoderarse de la voluntad de la reina para ser omnipotente, para vengarse de los desaires que había recibido, para que todos se humillaran ante él.

De todo se acordaba menos de la pobre Francisca! Bien es verdad que desde el momento en que fué marqués y caballero de Santiago y se fué á habitar la casa de que le había hecho merced la reina, apenas tuvo tiempo para ocuparse de nada mas que de una mano misteriosa que parecía poseer una varita mágica sierva de la voluntad, de los caprichos, de la veleidad del pobre diablo, á quien dos años antes había arrancado cautelosamente el alguacil Juan Roldan del coto de Manzanares, para entregarle á la justicia como agente del infante Don Juan de Austria.

XIX.

DONDE EL DUENDE EMPIEZA Á ASOMAR LA CABEZA.

Aunque no era envidiable la fortuna que había alcanzado Valenzuela, sobre todo por las causas que á ella habían contribuido, se habló mucho en la corte de su inesperada prosperidad, y la moda, que siempre es pequeña, le quitaba el pellejo exagerando sus villanías, acudían presurosos á su casa á rendirle homenaje.

¡El mundo ha sido siempre lo mismo!

Ofrecía el flamante marqués de San Bartolomé á los que iban á verle magníficos banquetes, y por lo menos, mientras duraba la digestion, si no corazones leales, tenía estómagos agradecidos.

Durante el primer mes, creyó Fernando que había fijado la rueda de la fortuna; pero no tardó en comprender que tenía envidiosos y que los envidiosos podían hacerle daño.

— Necesito un hombre de confianza á mi lado, se dijo, ¿dónde buscarle? Hé aquí una de las dificultades de los poderosos. Tan inesperado ha sido mi triunfo, que no me he preparado para él; y sin embargo, no tengo otro remedio.

Pasando revista á todas las personas á quienes había conocido, con objeto de buscar entre ellas una

que fuera á propósito para desempeñar en su casa la plaza de mayordomo, se acordó de Juan Roldan.

— Si le llamo, pensó, si le busco, creará que me es indispensable, y en vez de hallar lo que quiero, encontraré un hombre que me imponga la ley... Aquí de mi ingenio. Un hombre como yo no puede vivir sin libros; necesita crearse una pequeña biblioteca...

Inmediatamente dió orden á uno de sus criados para que fuera á las covachuelas de San Felipe y llamase en su nombre á Juan Roldan.

El antiguo alguacil que habia visto con asombro el cambio de fortuna de su amigo, sacó del arca los paños de cristianar, como suele decirse, y vistiéndose como para ir á una procesion, se presentó á Valenzuela.

Desde luego le admiró la sencillez que habia en el portal y en las primeras antesalas.

Valenzuela habia querido que los que fueran á verle empezasen descubriendo en su casa modestia. Aquello era una hipocresia como otra cualquiera; pero Juan Roldan se habia figurado encontrar mucho lujo y boato y se sorprendió de la sencillez de aquellas primeras habitaciones.

Conducido por un criado hasta el despacho de Valenzuela, al entrar allí varió de opinion: el lujo empezaba á dibujarse.

Apenas le anunció el criado, salió Fernando á su encuentro.

— Ya veis, amigo mio, le dijo, cómo no os olvido en la prosperidad.

Juan Roldan no acertó á contestarle. Su primera dificultad era ignorar el tratamiento que debia darle, con motivo de su cambio de posicion.

Aprovechándose Valenzuela de su turbacion, de su timidez:

— Os he llamado, le dijo, en primer lugar para que veais que siempre soy el mismo, y despues para daros alguna parte en mi felicidad. Nadie mejor que vos puede proporcionarme una biblioteca escogida. Fio este deseo á vuestro cuidado y á vuestra pericia y confio en que me servireis bien.

— Con mil amores, contestó Juan Roldan un poco mas animado. Pero ante todo permitidme que os dé mi mas cordial enhorabuena. En breve tiempo habeis logrado riquezas y honores.

— Es muy posible que no sepais á qué debo estos bienes.

— He oido tantas versiones...

— Algunas de ellas injuriosas para mí. ¿No es cierto?

— Si tal, algunas...

— Pues quiero que oigais de mis labios la verdadera. Ya sabeis que fui al extranjero. Cuando menos lo esperaba, supe en Paris que un hermano de mi padre, despues de haber vivido algun tiempo en las Indias, habia vuelto á Europa muy rico. Al embarcarse en el Perú, hizo promesa, si el viaje era feliz, de ir en peregrinacion á Roma á recibir la bendicion de Su Santidad. Apenas lo supe, corrí á su encuentro; no tardé en verle; permanecí á su lado algunos meses, me cobró mucho afecto, y cuando menos podia imaginarlo le sorprendió la muerte. No tenia familia: yo era sobrino suyo y me nombró su único heredero.

— Ved lo que son las cosas: nadie cuenta eso.

— Pues vos podeis contarlo.

— Ya se ve que lo contaré y me falta tiempo para repetir lo que acabais de decir.

— Con mas fortuna de la que podia ambicionar regresé á España; tuve ocasion de prestar un servicio á la reina, y me lo ha compensado largamente. Hé aquí la causa del cambio que notais en mi posicion.

— ¡Dios sea loado! Por mi parte, solo puedo añadir que os deseo mil años para que disfruteis de vuestra suerte.

— Y vos, amigo Juan, ¿no estais contento con la vuestra?

— Si he de decir verdad, no mucho.

— ¿Crecis que soy mas dichoso que vos?

— Lo creo á puños cerrados.

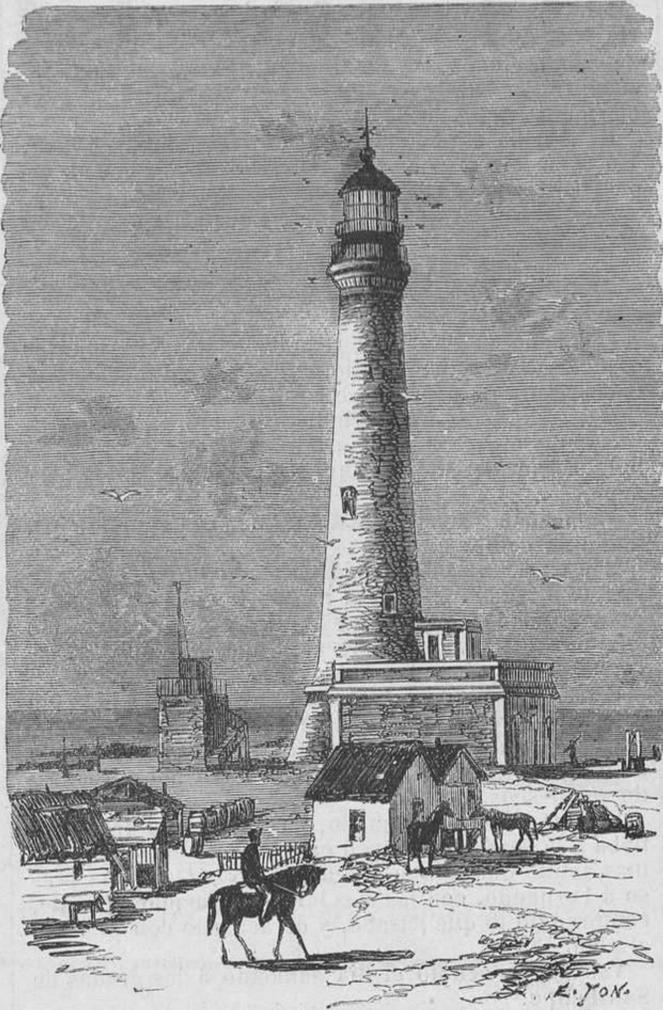
— Las apariencias engañan.

— Cuando al que engañan tiene dinero para dejarse engañar impunemente...

— ¿Segun eso, no está satisfecha vuestra ambicion?

— Trabajo mucho, y el único porvenir que me espera, cuando muera mi tia, es quedarme con la tienda. ¡Pero produce tan poco, somos tantos á vender libros, y tan escaso el número de lectores!...

— Yo os creia contento con vuestra profesion, pero si no lo estais, si algun dia quereis cambiar de oficio, desde luego os ofrezco la plaza de mayordomo de mi casa. Aun haré mas por vos. Yo me ocupo de mis negocios lo bastante para no necesitar inmediatamente quien me ayude. Guardaré vacante el puesto algun tiempo, y si os decidis...



Nuevo faro del cabo de Santa María, en la República oriental del Uruguay.

— Lo que acabais de ofrecerme es una tentacion.

— Yo no os aconsejaré que os dejeis tentar... Po-deis pensarlo.

(Se continuará.)

El nuevo faro del cabo de Santa María

EN LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

Este faro de primera clase, está colocado á la embocadura del Rio de la Plata á 120 kilómetros al Este



EL GENERAL VERSPYCK,

SEGUNDO COMANDANTE DE LA EXPEDICION HOLANDESA DE ATCHIN.

de la punta de Maldonado, en donde hay otro de segunda clase que permite á los buques penetrar en el rio y llegar á este mismo sitio. El nuevo faro acorta tambien mucho el trayecto, entrando por la punta de Santa María.

El aparato luminoso ha sido colocado en la parte mas alta de una torre de forma redonda: su base tiene 11 metros 50 c. de diámetro y su elevacion, á partir desde el suelo, es de 30 metros. Para llegar al aparato se ha colocado una escalera de piedra artificial y de caja hueca, que es la única que posee la República oriental. La habitacion del guarda está debajo del aparato, con el que se halla en comunicacion por medio de una escalera de hierro.

El faro del cabo de Santa María ha sido construido bajo la direccion del ingeniero francés M. Emilio Lavril y á expensas de una sociedad particular fundada en Montevideo por otro francés, el conde de A. de Dax.

L. C.

El general Verspyck.

El ejército de las Indias orientales del reino de los Países Bajos acaba de perder á uno de los hombres mas distinguidos, el general Verspyck, que ha presentado su dimision por las causas que nuestros lectores van á conocer, causando esta resolucion una gran sensacion entre la poblacion y el ejército.

Este general nació en Gand el año de 1822, y desde sus primeros años manifestó una gran inclinacion por la carrera de las armas. Así que, no tardó en sentar plaza como voluntario, siendo despues aprobado en los exámenes que sufrió en 1838 para su ingreso en la Academia real militar de Bréda. En 1842 fué nombrado subteniente, y á peticion suya, colocado cuatro años despues en el ejército de las Indias, en donde fué ascendido á capitán.

Con este grado formó parte de la expedicion de Borneo, dirigida contra los chinos rebeldes de Montrado, en la cual fué herido, siendo entonces agraciado con la cruz de la orden de Guillermo. Seis años despues mandaba en las mismas regiones las fuerzas de mar y tierra enviadas contra el sultan Hidayat, y despues de cinco años de luchas incessantes, consiguió sofocar una de las mas terribles rebeliones que la Holanda ha tenido que reprimir en sus posesiones. Teniente coronel en 1864, coronel y jefe de estado mayor del ejército de las Indias en 1865, general de brigada en 1869 y nombrado caballero de la orden del Leon neerlandés, acababa de recibir el mando territorial de Java á Samarang cuando estalló la guerra atchinesca.

Verspyck tomó parte en la primera expedicion enviada contra los rebeldes, en la que encontró la muerte el general Kohler, que la dirigia. Parecia que el mando de la segunda debia corresponder de derecho al general Verspyck, como así lo deseaba el pais y el ejército, pero el ministro de las colonias, van de Putte, dispuso lo contrario, pues fué nombrado el general de division J. van Swieten, que hacia trece años habia obtenido su retiro.

Herido el general Verspyck en su honra, presentó su dimision, y á las repetidas instancias del rey se debió que marchara bajo las órdenes de van Swieten y que sirviera todavia á su pais hasta la conclusion de una guerra en la que le correspondió una gran parte de la gloria que supo conquistar el ejército.

En efecto, este general dirigió el 9 de diciembre el desembarco de las tropas y su marcha de Koevala Gigin á Mosapi: mandó el 14 la batalla de Tipang, que tanto contribuyó el 23 al feliz éxito de la de Lembou, triunfó en el sangriento combate de Langougoupe y dirigió las operaciones que dieron por resultado la caída del temible Kraton de Atchin, sin que el ejército tuviera que lamentar la menor pérdida.

En el mes de mayo de este año el general Verspyck regresó á Batavia, en donde presentó de nuevo su dimision, que el rey aceptó entonces, remitiéndole á la vez como una recompensa á sus eminentes servicios, la cruz de comendador de la orden de Guillermo y el grado de general de division.

El general Verspyck regresó á Europa retirándose á La Haya, en donde vive en la actualidad.

L. C.